

# PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: San Sebastián. :: Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.  
Año I.—Número 27  
23 AGOSTO 1925



PINOCHO EN TODO ES MAESTRO;  
VEDLE HOY EN SU BICICLETA;  
NINGUNO COMO ÉL TAN DIESTRO.

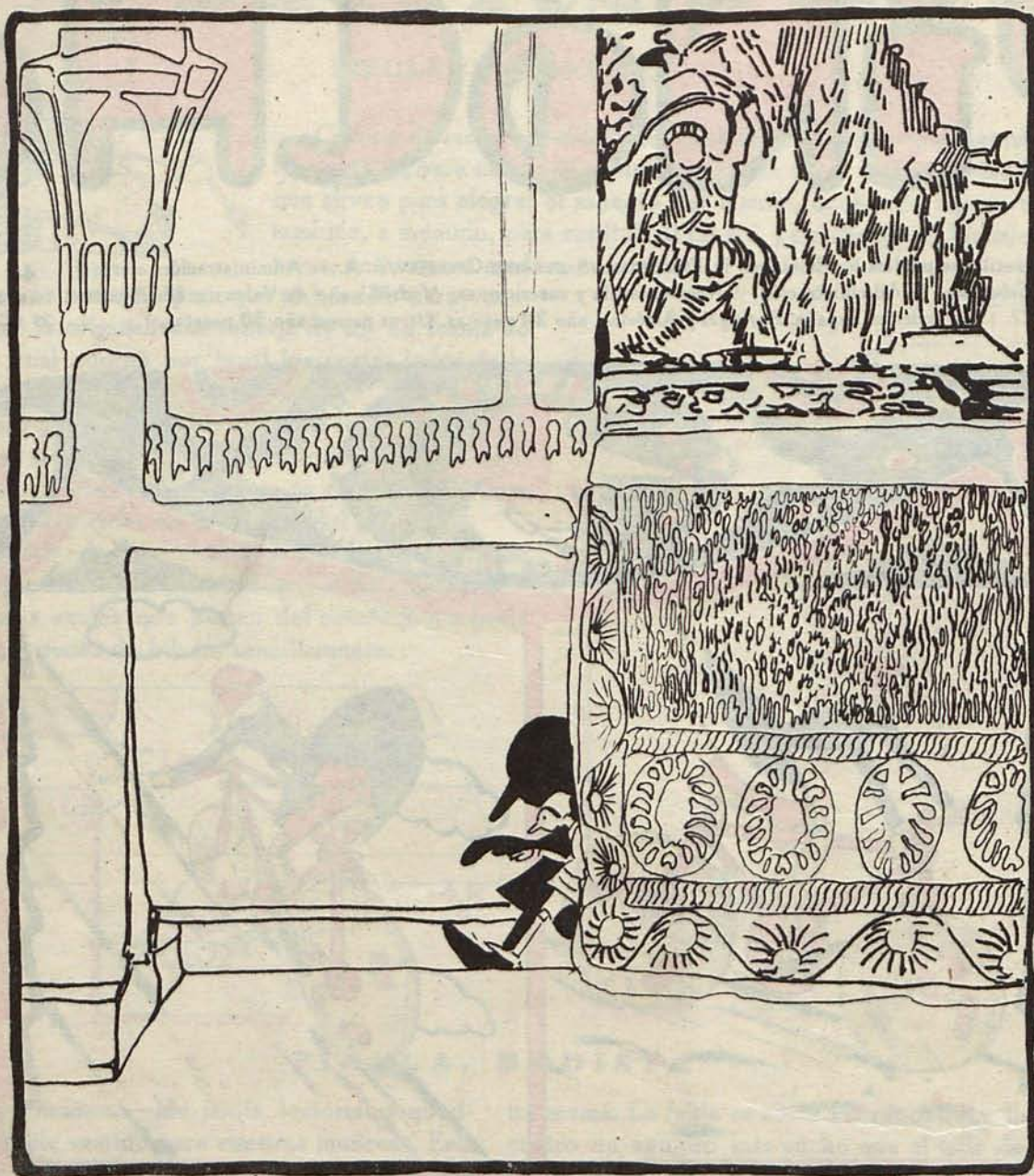
CON FACILIDAD PASMOSA  
SUBE LAS CUESTAS MAS PINAS,  
ASI, COMO SI TAL COSA.

NO NECESITA NI FRENO  
PARA BAJAR POR LAS CUESTAS  
FIRME, TRANQUILO Y SERENO.

SU PASEO FAVORITO  
ES EL QUE HACE EN EL ALAMBRE  
PARA ABRIR EL APETITO.



# CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS  
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

## CURiosIDADES

### UN MAR EN EL QUE NO PODEMOS HUNDIRNOS

Puedo aconsejarte un mar en cuyas aguas no podrás hundirte: el mar Muerto. A éste, con la mayor tranquilidad, puedes tirarte de cabeza. Te lo aconsejo. Sé de antemano que, por más que hagas, nunca te irás al fondo, nunca te ahogarás. En el mar Muerto, como en el Gran Lago salino de Utah, no hay manera de ahogarse. Y eso es un consuelo. Ello no procede, como podrías creer, de que esté muerto —es decir, quieto— el mar Muerto. Todo lo contrario. Está vivo, como todos los demás mares, o mucho más aun, porque es más salado que los demás. Sí, el mar Muerto es un mar salado, con muchísima sal. Y aquí el motivo. Esa es la causa de que podamos, sin miedo alguno, tirarnos de cabeza —o de pie, como queramos— al mar Muerto. Conteniendo mucha sal, el mar Muerto es un mar más denso, más espeso, con mejores condiciones que ninguno para sostenernos cariñosamente sobre su superficie. Ello no deja de ser interesante. Algunos turistas

se han bañado en el mar Muerto, por gusto, por capricho, por experimentar el placer de bañarse y no hundirse, de mojarse y quedar luego, como los cisnes, en la superficie del agua. Sir Francisco Galton, un hombre de ciencia que tuvo aquel capricho, lo lamentó todo un día, pues el baño le dejó el pelo apretado, amazacotado, muy feo. La gran cantidad de sal existente en el mar Muerto procede, primeramente, de los ríos que desaguan en este mar. Todos ellos han pasado por las montañas saladas de Sodoma; todos ellos arrastran, por consiguiente, sales en abundancia. Después, la evaporación del agua deja tras sí, en el mar, toda la sal que contenía el agua. El mar Muerto, amigo mío, es un mar muy azul, muy bonito, donde los rayos del Sol se reflejan como en ningún otro mar. No tendré que decirte dónde se halla ese mar pequeñito, que brilla como un lindo espejo. Tú sabes que se halla en Palestina, en la extremidad meridional de Siria. ¿No?





# EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE C A B E Z A DE P i E D R A POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

—¡Ah! ¿Entonces es que no tenéis ojos en la cara?  
Volviéronse Cabeza de Piedra y sus tres compañeros a observar el lugar del combate, y en efecto, vieron que los mandanos cedían terreno, y en algunos puntos huían en desbandada.  
—¡Por vida de un campanario derrocado!... —exclamó el viejo lobo de mar.— Esta noche no se nos da nada bien.  
—Tu cargo de *sakem* es un peligro —dijo irónicamente Petifoque, que hubiera sido capaz de burlarse de la misma Muerte si ésta se presentara en figura visible.  
—¡Bah! ¡Ya me he despedido de él, tunantón! —replicó el viejo maestre.  
—Pensemos ante todo en defendernos —dijo Jor frunciendo el entrecejo.  
—Me temo que ya sea demasiado tarde —repuso Cabeza de Piedra.  
—Entonces, corramos...  
—¿Correr nosotros?  
—Y pronto, si no queréis que los iroqueses den buena cuenta de vos.  
—¿Huir?... ¿Dar a los mandanos, de quienes soy jefe, y a sus enemigos, el espectáculo de mi fuga? No en mis días; estos salvajes pintarrajeados se formarían un concepto demasiado injurioso de la marina en general, y en particular de la bretona. ¿Sabéis lo que haré? Voy a cargar primero mi histórica pipa, la encenderé y esperaré los acontecimientos fumando tranquilamente.  
—¡Estás locol...  
—Cuando los iroqueses me hayan abierto el cráneo con su *tomahawah*, pedidle permiso para ver lo que tengo dentro. Os aseguro que encontraréis mi cerebro sano como... un pez.  
—¡En retirada, maestre!  
—No quiero oír a mis espaldas la risa de Davis.  
—¡En nombre del cielol...  
—Es inútil. Marchaos vosotros si queréis; yo me quedo. Soy el *sakem* de los mandanos y debo dar buen ejemplo a mis súbditos, ya que he aceptado la primera dignidad de la tribu.  
—No seré yo quien te abandone, Cabeza de Piedra —gritó con entusiasmo Petifoque—. Si el Destino lo quiere, moriremos juntos, como juntos hemos vivido.  
—Y yo querer ser cafiere con maestre Capesa de Pietra —intervino Ulric, tispuesto a ir en otro mundo, lejos, lejos, aunque sea en los mares del infierno.  
—¿He de salvarme yo solo? —dijo el canadiense—. No tengo tanto apego a la vida que quiera conservarla a costa de una villanía. También me quedo.  
Entretanto, Davis se había aproximado con sus indios, señalando a los cuatro hombres blancos y gritando:  
—¡Cogedlos vivos; es necesario!  
El desastre de los mandanos parecía completo. Mancha de Sangre debía de haber sucumbido, pues en el sitio donde combatía no se veía más que un informe montón de cuerpos ensangrentados.  
Por la parte de los iroqueses las pérdidas eran también considerables, al parecer; pero el triunfo era suyo e invadían el campo aullando con salvaje alegría y persiguiendo ferozmente a los fugitivos.  
La partida estaba perdida, cuando una voz, misteriosa como un eco, profirió las siguientes palabras:  
—¡Ulric, hermano mío..., a mí, a mí!... ¡Ya vamos...!  
Cabeza de Piedra y sus amigos oyeron el llamamiento y se estremecieron, olvidándose por un instante de los enemigos próximos a ellos para escuchar ansiosamente.  
—¡Wolf!... —llamó el hessiano, ebrio de alegría.  
—Si viene solo no será mucha la ayuda —dijo el incorregible marinerol.  
—Pero ha gritado «¡Vamos!»; luego no viene solo —observó Jor.  
—No conozco bien la Gramática —murmuró el maestre de la *Tonante*—. Pero «vamos» es plural, a mis cortos alcances.  
Como una especie de confirmación de las palabras del viejo cañonero, se oyó, de pronto, el estruendo de una descarga de fusile-

ría. Gritos formidables estallaron en las filas iroquesas. Evidentemente contra ellos habían disparado.

En aquel momento los indios de Davis cayeron sobre los cuatro blancos para sujetarlos y reducirlos a la impotencia. Pero nuestros amigos, volteando magistralmente las carabinas, rechazaron a los más audaces. Varias cabezas fueron hechas pedazos, rotas varias mandíbulas, y entre los atacantes alguno salió del encuentro con la nariz destrozada.

—¡Ja, ja! —celebró el viejo maestre—. Estos hocicos feos creen habérselas con pobrecillos terrestres. Les hemos de hacer ver cómo se comporta la marina, ¡cuerpo de todos los campanarios de...!

De pronto se detuvo, como si la lengua se le hubiese desprendido. Una voz, que produjo en él una conmoción brusca y extraordinaria, había gritado:

—¡Ohé, Cabeza de Piedra, mi viejo maestre..., saca de paseo todos tus campanarios...!

## CAPÍTULO XV

### LOS TRES INCÓGNITOS

El mutismo de nuestro héroe, precisa declararlo, duró pocos segundos.

—¡Esas palabras... —murmuró—, esas voces...! ¡A mí, Petifoque, dame un puñetazo fuerte en la cabeza, para que me convenza de que no estoy soñando!

—¿Qué pasa, maestre? —repuso el joven gaviero, mientras sacaba un ojo a un iroqués, más osado que los otros, asestándole hábilmente un golpe con la culata de su carabina en aquella parte delicada de la fisonomía.

—¿Qué pasa? ¿Me preguntas qué pasa? Por el burgo de Batz, ¿es que el frío te ha dejado sordo?

—No lo creo, tanto más cuanto que estoy entrando en calor gracias a estos diablitos de iroqueses.

—Abre bien las escotillas, muchacho.

—Ya están de par en par.

—¿Y oyen ahora?

—Perfectamente... ¿Oye, tú, bandido..., se te ha antojado mi caballería? Ahí va en cambio algo que te quitará las ganas de tenerla.

Estas palabras iban dirigidas a un iroqués que intentaba sujetar al gaviero y aturdirlo con un golpe de plano de *tomahawah*, y al que obsequió con un culatazo a dos manos, como antes se servían del espadón los antiguos guerreros. El indio no tuvo tiempo ni modo de evitarlo ni de pararlo, y lo recibió en pleno cráneo; pudieron oírse crujir deshechos los huesos de la cavidad craneana. El desgraciado lanzó un gemido, agitó los brazos y cayó pesadamente a tierra, dando una vuelta sobre sí mismo.

Un grito de rabia se escapó de las gargantas iroquesas. Petifoque acababa de dar muerte a un lugarteniente.

Por su parte, Jor y Ulric trabajaban como mejor podían, a sendos culatazos, y salvo algún que otro arañazo, se mantenían incólumes en medio de aquel infierno, pues demonios más que hombres parecían los combatientes; uno a otro se animaban con la voz y el ejemplo.

Cabeza de Piedra parecía haber perdido... la primera parte de su sobrenombre. Tiraba golpes espantosos a derecha e izquierda con el fin de abrirse paso, y vociferaba:

—¡Por aquí, mil goletas voladas...; por aquí, Petifoque, Ulric, Jor, vos también...! ¡Seguidme, vamos a su encuentro...! ¡Es él, él mismol...

Los otros tres, ocupados en el feroz encuentro, no habían podido comprender aún el motivo de la excitación del viejo maestre, y le obedecían casi por instinto, manteniéndose a sus costados.

—¿Dices que es él? —preguntó el gaviero entre dos golpes.

—¡Sí, sí, hijo mío!

—¿Wolf?... Ya lo sé.



—¡Qué Wolf...! ¡Eh, ¿no comprendes?... He reconocido su voz.  
 —¡Ah, ah..., tú hablas de Ribera, que habrá logrado encontrar socorro para nosotros, después de escapar de los iroqueses.  
 —¡Nunca podrás ser más que un mozo del Pouliguen!... ¿Crees tú que yo, el maestro Cabeza de Piedra, me trastornaría de este modo tratándose sólo de eso? ¡Mira los iroqueses cómo empiezan a perder la chaveta! ¡Eh, queridos, ahora, ahora os vamos a dar cabelleras calentitas!

Los iroqueses, atacados por la espalda por los misteriosos refuerzos llegados en ayuda de nuestros amigos, comenzaban a perder la petulancia que les dió su reciente victoria, y se desordenaban y huían como presas de pánico, mientras los mandanos, que ya se consideraban perdidos, reaccionaron, volviendo con mayor ímpetu y renovada confianza a la batalla.

Davis, al ver escapársele la presa que ya creía en su poder, blasfemaba de un modo repugnante e intentaba animar a los suyos para que asesinaran a los cuatro hombres blancos, antes de que éstos pudieran salir del encierro. Pero los mandanos, comprendiendo que la salvación estaba allí donde el *sakem* mantenía la resistencia, acudían precipitadamente a su lado, formándole con sus amigos una especie de guardia.

Entre el fragor de la batalla, Cabeza de Piedra mantenía en tensión sus oídos esperando que llegara de nuevo a ellos la voz que tanta impresión le hiciera, como si su cañón favorito hubiera reventado de improviso, y ya principiaba a creerse víctima de una ilusión acariciante, cuando el tumulto fué dominado por estas palabras:

—Cabeza de Piedra, ¿dónde estás que no se te oye?... Es que has enmudecido acaso? Porque un marinero de tu casta no muere aquí sin hacerse oír...

—¡Por vida de mil campanarios, comandante! —rugió entusiasmado el viejo maestro—. Tenéis razón, pero callaba para dar más fuerte y escuchar mejor si volvíais a llamarme, porque en verdad tenía miedo de soñar.

—No sueñas, no, viejo mío.

—¿Sois vos, pues, en cuerpo y alma?

—En persona.

—¡Viva!... Eh tú, Petifoque, ¿has comprendido ya quién es? ¿Te das cuenta ahora de quién era él?

—Espera, maestro, que me desembarace de este estúpido iroqués, que me está molestando demasiado... Ya está, creo que es el vigésimo que mando a hacer compañía a Belcebú... ¿Decías, maestro?

—Que eres un bestia.

—Tal vez; pero muerdo de primera..., pregúntaselo a los indios.

—No puedo, porque toman las de Villadiego.

—Ahora podremos entendernos.

—¿No oíste nada?

—¿Los clamores de la batalla te parecen... nada?

—Eso prueba solamente que no eres sordo.

—He creído entender también que hablabas con alguien; pero estaba tan ocupado haciendo salsa de iroqués...

—Y luego me llamas fanfarrón!...

—En fin, ¿qué es ello?

—Pues... ¡silencio en las filas y atención, que el barón William Mac Lellan, nuestro comandante, está aquí!...

Alboreaba.

Aunque el cielo estaba aún cubierto de una neblina espesa, que las ráfagas, demasiado a ras de tierra, no conseguían despejar, las tinieblas se habían aclarado poco a poco y personas y cosas se hacían más distintas aún a cierta distancia. Del lago llegaban de vez en cuando el eco de las mugientes olas o el zumbido de algún cañonazo.

Nuestros cuatro amigos se habían olvidado por completo del bergantín saqueado y de la flota inglesa, y ahora sólo se cuidaban de ver lo que sucedía en torno suyo. Los mandanos habían vuelto rápidamente sobre sus pasos contra atacando vigorosamente, mientras los iroqueses, acuciados por dos enemigos, de vencedores se tornaban en vencidos.

De repente, otra descarga de fusilería resonó al extremo del campo; horribles gritos de terror, de rabia y muerte estallaron, y se vió una columna de iroqueses, y a su cabeza el mismo *sakem*, en precipitada fuga, dejando en tierra muchos muertos y heridos. En el espacio que dejaron libre los fugitivos avanzó a paso de carga una compañía de marineros americanos. El oficial que la guiaba corría delante de todos, blandiendo en sus manos la espada desnuda y una pistola humeante aún.

Era sir William Mac-Lellan en persona.

Al verle, más que por las últimas palabras proferidas por Cabeza de Piedra, Petifoque, Ulric y Jor, permanecieron inmóviles, como electrizados, mientras el maestro se enderezó, manteniéndose en rigurosa posición de «firmes».

—¡Por fin te encuentro todavía sano y salvo, mi leal! —dijo el comandante, besándole en las mejillas rugosas y abrasadas del sol y del aire salado del mar—. He tenido momentos terribles, creyendo no llegar a tiempo. ¡Ea, abrázame!

Cabeza de Piedra estaba tan conmovido, que no tuvo fuerzas para cumplir aquella agradable orden, aun cuando no le faltaran vivos deseos de obedecer.

—Mi comandante... —balbuceó.

(Continuará en el número próximo.)

Con este número, PINOCHO regala a sus suscritores un ejemplar del número 1.º de «MUJER», *Revista del Mundo y de la Moda*, interesantísima publicación de la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., propietaria de PINOCHO.

Los lectores de PINOCHO pueden obtener gratis un ejemplar de dicho número 1.º utilizando este cupón:

**CUPÓN** para obtener gratis un número de muestra de «MUJER», *Revista del Mundo y de la Moda*. Lo solicita D. \_\_\_\_\_  
 calle de \_\_\_\_\_, número \_\_\_\_\_  
 Pueblo \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_  
 (Fecha y firma.)

# SUMARIO del primer número de «MUJER», *Revista del Mundo y de la Moda*.

Cubierta por TONO.—Retratos de SS. AA. RR. las Infantas D.<sup>a</sup> Beatriz y D.<sup>a</sup> Cristina.—Visitas de Mujer: Cristina de Arteaga, por CARMEN DE AVILA.—*¡A la Reina Cristinal!*, poema por la señorita CRISTINA DE ARTEAGA.—El castigo de los sueños, cuento por CONCHA ESPINA.—La moda al día. Sección redactada expresamente para «MUJER» por Mme. MARTINE RENIER, redactora jefe de la moda en *Fémina*, en París.—Crónica: Los grandes modistas, Dos vestidos de muselina, fáciles de hacer en casa; Los cuellos, Trajes de auto y viaje, Los niños en el jardín, El peinado.—Monina, novela por GYP.—Los niños auténticos, relatos de ocurrencias infantiles.—Las dos amigas, novela por RENÉ LE CŒUR.—La moda humorística, por EDGAR NEVILLE.—Concursos y Pasatiempos, con grandes premios.—La página de las lectoras. He recibido su carta. Las amigas incógnitas.



# PINOCHO DEPORTISTA

## Divulgación deportiva.

### La natación, ejercicio perfecto.

La natación es como si dijésemos el deporte característico de la estación en que nos encontramos.

En el mar, en el río, en un estanque o piscina, seguramente al llegar estos días del verano os habréis zambullido, y sintiendo la caricia del agua fresca en vuestras carnes jóvenes, os habréis deslizado nadando.

Al principio habréis tragado mucha agua, ¿verdad?; pero después un amigo, un camarada, os habrá enseñado lo más elemental de la natación: a manotear y, lo que es más esencial, a no agarrar vuestro cuerpo, que caería de esta forma hasta el fondo. El instinto habrá puesto lo demás. ¡Y ya sois un nadador que no sabrá grandes cosas ni cultivará un estilo perfecto, pero que se mantendrá a flote, y poco a poco irá aprendiendo a nadar bien.

¡Nadar bien! ¡Ahí es nada! Para ser un gran nadador es necesario practicar este deporte con mucha asiduidad, poniendo en él todo el entusiasmo posible.

La natación es el deporte más completo. ¿Por qué? Pues, muy sencillo: porque todos nuestros movimientos se desarrollan en un elemento (el agua) más denso que el aire, en donde se desarrollan todos en los demás deportes. La natación, practicada con método, es un deporte que hace desarrollarse todos los músculos del cuerpo, especialmente los del pecho y vientre.

Hay muchos estilos de nadar; pero el más generalizado es el que se conoce

con el nombre de «brazada de marinero», que, como su mismo nombre lo indica, consiste en ir dando brazadas, batiendo de esta forma el agua, e inclinando el cuerpo conforme se da la brazada, para que ésta sea más amplia y potente.

La respiración en esta clase o forma de nadar debe hacerse en el momento de lanzar el brazo, y como tiene que ser rápida, debe aspirarse por la boca y lanzar la respiración por la nariz.

Esta forma es la más corriente y la más práctica, pues se avanza mucho más que en las otras.

El juego de las piernas debe hacerse de acuerdo con los brazos; esto es: cuando se echa una brazada con el brazo derecho, se encoge la pierna derecha, y al batir el agua echándolo hacia atrás, se extiende también la pierna derecha con energía.

Después existen otros estilos menos prácticos, aunque técnicamente más perfectos.

La natación es un ejercicio tan completo, que se va comprendiendo la necesidad de reglamentarlo en gimnasios y escuelas.

Hoy los clubs deportivos de categoría establecen piscinas. También las tienen los trasatlánticos de lujo y los grandes hoteles y balnearios.

Se celebran pruebas tan importantes como la travesía del Canal de la Mancha de Calais (Francia) a Dover (Inglaterra) y la travesía de París a nado (a lo largo del Sena).

Yo os recomendaría, pequeños amigos, que las primeras sesiones de vuestro aprendizaje no las diérais sino al lado de una persona mayor y práctica en este ejercicio, que en cual-



quier caso de peligro pueda ser vuestro auxiliar poderoso.

Para nadar es necesario saber elegir el elemento. Debe rechazarse todo lago o laguna, estanque o acequia que tenga fondo leganoso o lleno de vegetación, pues en el buceo o natación sin salir a la superficie podéis quedar aprisionados.

Siempre son preferibles las aguas corrientes a las estancadas, que son más impuras.

En el mar son peligrosas las resacas, que tiran de uno hacia las aguas. Este es un efecto del mar de fondo.

En el río existen los remolinos o las cascadas, cuya fuerza anula la nuestra y quedamos a merced de las aguas.

Por eso debéis siempre en todo caso nadar bajo la vigilancia de un nadador muy hecho, que pueda advertiros de estos peligros y evitarlos.

La natación debe practicarse al aire libre, de mañana y en verano, y debe ir seguida o precedida de un baño de sol de unos quince minutos.

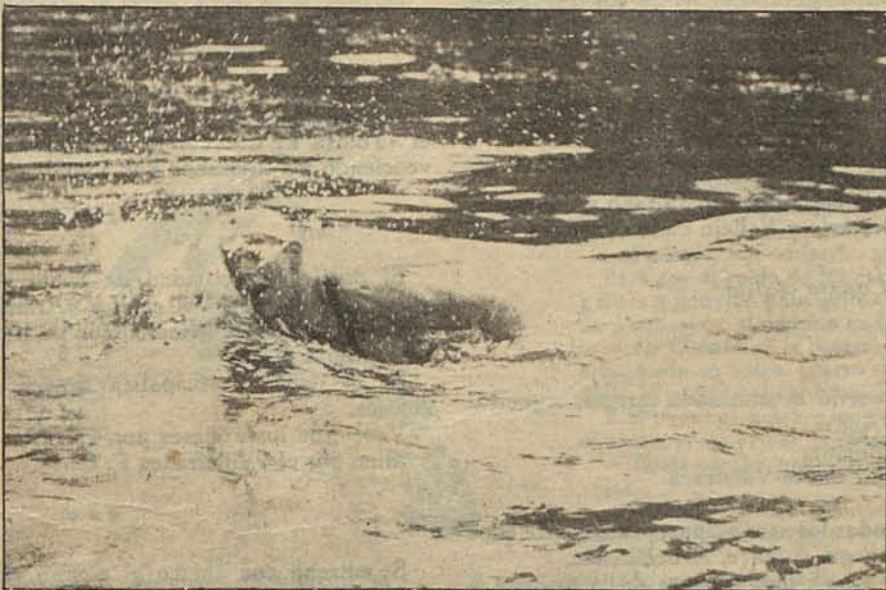
De la natación se desprenden otros ejercicios, como es el de lanzarse al agua desde cierta altura, adoptando en la caída posturas determinadas (el ángel, la carpa, etc., etc.). Y un juego muy divertido, como es el *watter polo*, que no es ni más ni menos que una especie de fútbol acuático, en el que el balón flotante se impulsa con la mano, y hay que introducirlo en una meta.

En lugar de cargar al contrario, se le sumerge, y el distintivo de los bandos se lleva en unos gorritos de colores muy llamativos.

Por regla general, los mejores nadadores del mundo son los canadienses y los malayos.

En España, en todo el litoral cantábrico y en el levantino se practica este deporte con gran intensidad.

Dux.



## La labor del «Pinocho Sporting Club».

Cada vez nos sentimos más satisfechos de cómo responden a nuestros llamamientos los Pinochistas deportivos.

Hoy vamos a daros a conocer la organización de una entidad deportiva Pinochista, de la cual el egregio personaje (Pinocho) se siente satisfecho.

El «Pinocho Sporting Club» —que así se llama esta entidad—, no sólo está organizando varios equipos Pinochistas, sino que está decidido a admitir en su seno a todo aquel Pinochista deportivo que aún no se halle afiliado a cualquier Club. Además, el «Pinocho Sporting Club» tiene el propósito de ofrecer semanalmente una conferencia deportiva a todos los Pinochistas que tengan a bien escucharla.

Estas disertaciones tendrán lugar en el domicilio social del «Pinocho Sporting Club»: Rosario, 2 (Madrid).

Conque ya lo sabéis, Pinochistas aislados, ¡ya tenéis Club! ¿Lo oísteis, Pinochistas en general? ¡Podéis escuchar conferencias amenas, que os hablarán de los deportes! Todo gracias a la labor del «Pinocho Sporting Club».

## Nuestros equipos invencibles.

En el Tomelloso existe también su equipo Pinocho, denominado «Athletic Pinocho»; y se forma así: Cuesta, Henos, Molinero, Pedro, Infante, Casero, Muñoz, Marqueu, Navarro, Martineo, Villena.

Y en San Sebastián se ha formado otro equipo, capaz de eclipsar las glorias de la Real Sociedad, y que se forma así:



Aramburu, Oyázarbái, Barriola, Geuna, Atristain, Salaverria, Lecuona, Iturzaeta, Salaverria (Joaquín), Eubil, Borriola.

En Godella, Paquito Trigo nos anuncia la formación de un equipo, que recibirá el nombre de «Club Deportivo Pinocho».

## Resultados deportivos en provincias.

Noticias transmitidas por nuestros corresponsales.

En Badajoz:

El día 26 tuvo lugar en el campo del «Sport Club Badajoz» un interesante partido de fútbol entre los primeros equipos del «Deportivo Cacereño» y el «Sport Club Badajoz». Se alinean los equipos de la siguiente forma:

«Deportivo Cacereño».—Toribio, Barbanche, Moraleda, Martínez, Jake, Morato, Campon, Rineau, Turégano, Siso, Macías.

«Sport Club Badajoz».—Baca, Flórez, Martínez, Bermejo, Vallejo, Galea, Lozano, Alonso, Escola, Carrillo, Alba.

Primer tanto, lo marca el «Sport», como resultado de un *faut* de los cacereños, tirado admirablemente por Bermejo, que está muy trabajador.

Segundo tanto, lo marca, a favor del «Sport», Flórez, de un gran *shot*, admirablemente colocado. En este tiempo domina por completo el «Sport».

Comienza el segundo tiempo.

«Cáceres» se apunta el primer tanto a su favor, de un *corner* tirado por Martínez y recogido de cabeza por Jake. En este momento se arma una gran bronca, por retirarse los jugadores de «Cáceres», a causa de que el árbitro ha venido al campo decidido a que venza el «Sport»; aunque éste no necesita protección. Por fin se reanuda el partido, que termina sin incidentes.

Resumen:

«Sport Club Badajoz», 2.

«Deportivo Cacereño», 1.

Se distinguieron: Toribio, Moraleda y Turégano.

Se distinguieron: Escola en la defensa, Lozano y Alonso en los medios, Martínez, Bermejo y Vallejo en la delantera.

## Carrera ciclista.

Villafranca de Oria:

El pasado sábado se corrió la anunciada carrera, organizada por el «C. D. Santa Ana».

El recorrido era el siguiente:

Villafranca-Zumárraga-Lasarte-Villafranca.

Total, 105 kilómetros.

Participaban en ella todos los ases guipuzcoanos, entre ellos Montero, Miner, Gurruchaga, Aguirre, Arbeláiz, etc.

Se dió la salida a las ocho y diez minutos de la mañana, y los corredores salieron en compacto grupo.

La subida de la cuesta de Zumárraga se inicia a «gran tren», coronándola en primer lugar Montero, seguido del chaval Sa-

rasola. En una de las curvas, a Montero se le rompió el íreño de la bicicleta.

Por Villafranca pasan en pelotón, ganando las primas Madina, del «Oñate Sport».

En el *sprint* de llegada los dos chavales elgoibarreses vencieron a Ayastuy y Eceiza; llegando unos veinte en pelotón.

Clasificación general:

1.º, Esteban Zubiaurre, del «C. D. Elgoibarrés», en 3 horas, 29 minutos y 54 segundos.

2.º, José Guruchaga, ídem.

3.º, Benito Ayastuy, del «Oñate Sport».

4.º, Graciano Eceiza, del «Etorri-Aláiz» (Tolosa).

5.º, Félix Pérez Ecenarro, del «Real Unión» (Irún).

6.º, Lorenzo Letamendi, del «Oñate Sport».

7.º, Demetrio del Val, de la «Real Sociedad de San Sebastián».

Ramón Arbeláiz, del «Real Unión» (Irún).

8.º, Lucas Jáuregui, de la «Real Sociedad de San Sebastián».

9.º, Felipe Redondo, ídem, id.

Joaquín Iturri, ídem, id.

10.º, Agustín Aramburu, ídem, id.

11.º, Ceferino Ayastuy, del «Oñate Sport», etc.

Clasificación social.—Tres corredores.

1.º, «Oñate Sport»:  $3 + 6 + 7 = 16$  puntos.

2.º, «Real Sociedad»:  $7 + 7 + 7 = 21$  puntos.

3.º, «Real Unión»:  $5 + 7 + 24 = 36$  puntos.

De cinco corredores:

1.º, «Oñate Sport»:  $3 + 6 + 7 + 7 + 7 = 30$  puntos.

2.º, «Real Sociedad»:  $7 + 7 + 7 + 7 + 7 = 35$  puntos.

3.º, «Etorri-Alais»:  $4 + 19 + 20 + 23 + 25 = 91$  puntos.

Hubo buena organización y mejor orden.

## Fútbol.

Por la tarde, a las cinco, se celebró el partido de fútbol organizado por el «Villafranca F. C.», en el cual contendían el «Tolosa F. C.» contra la «Unión Deportiva Eibarresa», venciendo los tolosanos por 3 goals a 1.

\*\*\*

El domingo, festividad de Santa Ana, patrona de esta villa, se celebró en el campo «Arana» el segundo partido entre un mixto del «Real Unión de Irún» y el «Euskalduna», de Rentería.

En el «Irún» participaban Emery, Anatol, Villaverde y Acosta.

Vencieron los iruneses por 4 a 3.

¡Bien por el «Villafranca F. C.»!

\*\*\*

Se entrena con ahinco el equipo «Pinocho» de esta villa, bajo las órdenes de su capitán Arturo Arbizu.

¡Animo, Pinochistas, y a dar palizas!

PEDRO BEITIA.



ZABALA  
DELANTERO

B.R. MARIN



PEÑA  
MEDIO IZQUIERDA

L.E.M. MADRID.



ZAMORA  
GURDAMETA.

B.Rodriguez. MARIN

El campeón mundial de natación.

Este es el famoso noruego campeón mundial de natación Arne Berg, que ha regresado de los Estados Unidos de América después de vencer en algunos concursos. En la fotografía se puede apreciar la perfecta musculatura del brazo izquierdo; así cómo respira en el momento de hacer el cambio de brazos.



# CHONON GRAN TORERO



I

¿Por qué me parece a mí que ésta es la mentira más grande de Chonón? No lo sé. Si no es mentira del todo, un poco de exageración sí que debe de haber en el relato que él me hizo.

Pero como soy el cronista de la vida de este muchacho, yo no tengo más remedio que contar su anécdota taurina, que es bien pintoresca.

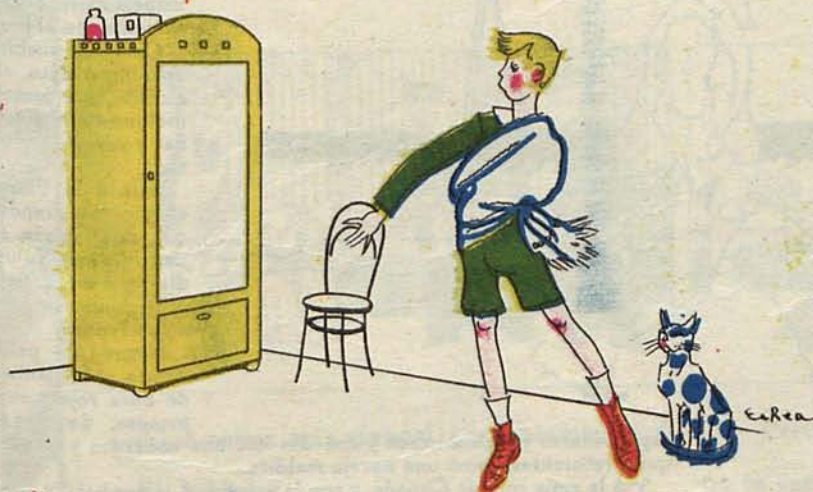
A Chonón no le habían llevado jamás a los toros sus papás. Y he aquí que un día le dice su padrino:

—Ponte un sombrero cordobés, coge un buen bastón gordo y vamos a una gran corrida que se celebra esta tarde.

Naturalmente, el padrino le decía en broma lo del sombrero y el bastón; pero al niño le parecía eso una idea magnífica. ¿Y qué hizo? Pues veréis.

Emocionado porque iba a ver por primera vez en su vida una lidia de toros, le entró como por el estómago un curioso cosquilleo que le hacía correr por los pasillos y por las habitaciones sin poderse contener; y se miraba a los espejos con el sombrero y el bastón del padrino, que era un buen señor muy flamenco que fumaba puros gordos, de mucho humo, y llevaba sobre la tripa las dos curvas amplias de una gorda cadena de oro.

Sí, sí; él también debía llevar a la Plaza, y más en el coche de jacas chulaponas en que le había de conducir su señor padrino, un sombrero cordobés y un bastón gordo... Pero no tenía.



Chonón no se amilanaba por nada, y en medio de su inquietud y su emoción dió en pensar en el procedimiento de buscarse esos atributos del buen aficionado.

Pronto resolvió lo del bastón. Su padre guardaba una caña magnífica que le trajeron de América, y que tenía recuerdos históricos y familiares. Un reyezuelo negro la empleó en su tiempo para pescar peces de colores, y, ya hecha bastón, se la había ofrecido en buena amistad a un bisabuelo del niño. Era lo que se dice un precioso bastón de recuerdos, que el padre de Chonón estimaba como una joya.

Claro que... resultaba un poco alto para el nuevo flamenquillo. Sin embargo, cortando la caña por el antepenúltimo nudo, quedaba a su medida.

Empezó a cortarla con un pequeño cortaplumas. Pero como estaba muy impaciente, le parecía que tardaba mucho. Y se fué a la cocina, metió la cabeza en la carbonera, se manchó de negro las palmas de las manos y la punta de la nariz, y sacó el hacha.

Puso el bastón en el suelo de la sala, que era la habitación donde no había nadie, y de un soberbio hachazo hizo saltar en mil astillas la caña seca y en dos mil pedazos tres baldosines del piso.

Escándalo en la casa; sustos, carreras...

—¿Pero qué ha pasado?

—¿Dónde ha sido ese ruido?

—¿Qué se ha roto?

—¿Está por ahí el niño?

—¿No ha sonado como un tiro?

Por fin encuentran a Chonón escondido debajo de la piel de tigre que hay sobre la cama de sus padres, y con él el hacha y los pedazos de la caña maravillosa.

No son lo peor las grandes voces del papá. Lo malo es que le acuestan sin comer y le castigan, prohibiéndole asistir a la corrida. Eso es lo malo.



II

Pero Chonón no se quedó conforme con el castigo. Tenía demasiadas ilusiones por ir a la fiesta taurina, y ya no había modo de que se le quitara esa idea.

Por eso aprovechó la hora en que todos estaban comiendo —el padrino almorzaba aquel día en casa de los papás del chico— y se vistió en un momento. Y aprovechando los descuidos de los criados, y con los zapatos en la mano para no hacer ruido, sale a la escalera y allí se calza.

Y como el coche de las jaquitas flamencas esperaba a la puerta, Chonón se esconde entre los pliegues de la capota, que da la casualidad que está bajada.

Y a esperar... dos horas.

Al cabo de las cuales crujieron las ballestas hacia un lado y sintióse una voz gruesa que decía:

—¡A la Plaza de Toros!...

Y los cascabeles comenzaron a sonar.

Entonces Chonón asomó un ojo, vió que iba sólo su padrino dentro, y poniendo la boca al descubierto fué gritando:

—¡Padrino!... ¡Padrino!... ¡Padrino!...

Pero con el ruido de los cascabeles y de los cascos y de la animación y los gritos, y con la pequeña sordera del señor, el padrino nada oía. Y fué por eso por lo que a Chonón se le ocurrió un procedimiento: sacó como pudo un brazo, agarró el ala del sombrero y le quitó al padrino el cordobés.

Y el padrino, hombre muy tranquilo, mandó parar el coche, y, sin volver la cabeza atrás, dijo al lacayo: —Bájate por mi sombrero, que se lo ha llevado el viento.

—¡Atíza! —pensó Chonón sin poder moverse.— Este buen señor me tiene aquí hasta la noche... ¡Padrino!...

A coche parado se oyó, al fin, la llamada. Se ayudó entonces a salir de allí al muchacho, y al caballero le hizo mucha gracia la aventura de la capota.

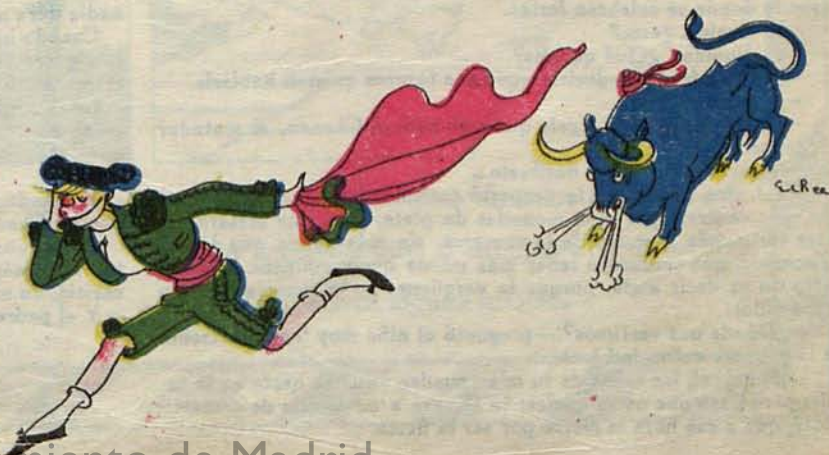
—Bien, bien —dijo—; verás los toros, por templado.

Y en efecto; llegaron a la Plaza y presenciaron toda la fiesta.

Salían los caballos hechos de alambre casi, que no se podían tener; eran como esos caballos de cartón, ya sin peana, que hay que igualarles las cuatro patas, porque en cuanto encierran el menor pretexto, se caen. Les tapaban un ojo con un pañuelo de colorines, como si fueran a jugar a la gallina ciega.

Los picadores eran gordos, y cada vez que se montaban hacían un hoyo en la espina dorsal del jaco.

Cuando un toro cogía un caballo de aquellos se lo enredaba en los cuernos, por motivo de tanto hueso, como si se hubiera enredado dos kilos de ese alambre que tiene pinchos.





Los banderilleros embestían al bicho con sus dos banderillas por cuernos, y le alcanzaban y se las ponían bien clavadas.

El famoso matador Antonio Piso, conocido en los carteles por *Piso III*, brindó al príncipe Botijo y a la princesa Percha, que le regalaron luego un botijo y una percha, y se fué al toro con la muleta y la espada, ante el entusiasmo de Chonón.

El toro pasó diversas veces por debajo de la muleta, como un ministro bajo un arco triunfal. Y ya *Piso III* enterró el estoque en el cuerpo del toro, dejando fuera la cruz de la espada, como una cruz que dijera: «Aquí está enterrado el pobre estoque.»

Aplausos, ovaciones, vuelta al ruedo, sombreros, entusiasmo. Y lo mismo con los bichos que le tocaron a *Piso III* que con los que les tocaron a *Almendruco* y a *Chupacorchos*.

Chonón salió hondamente impresionado.

### III

Chonón se encontró en su cuarto, cuando se cerró aquella noche, con dos elementos capaces de hacer torero al más miedoso. ¿Cuáles son esos dos elementos? Lo que menos podéis imaginaros: la toalla y el espejo.

Os habréis quedado un poco admirados, ¿verdad? Pues hacedlo vosotros esta noche: cuando os encerréis en vuestro cuarto, poneos frente a la luna del armario y adornaos con la toalla como capote. Verónicas, medias verónicas, largas, faroles, pases de muleta, quites... ¡De todo se hace!

Y eso también fué lo que le pasó a Chonón. Se lució de lo lindo ante él mismo. Y ¡qué fácil resultaba todo aquello! Por la derecha... Por la izquierda... ¡Por todos lados!

¡Bah, bah! El se haría torero, y se luciría, y ganaría la plata a espuertas.

¿Qué necesitaba! Nada, apenas. Su padrino, como era tan aficionado, le había regalado un gran cartón donde se sujetaban un traje de torero, una montera y un capote de brega. El capote de luces lo sacó de unos damascos que tenían, verde y oro, los balcones de la sala. Las banderillas eran de verdad; las había comprado, y tenían corchos de botellas clavados.

Por cuanto al estoque, había cogido un espadín del uniforme de Ingeniero de papá y había forrado de rojo el puño; con lo cual había quedado equipado magníficamente.

¡Pícaro memorial! Se le había olvidado el mozo de estoques; pero en seguida pensó en el chiquito que llevaba la leche; que como la leche era de vacas, tal vez fuera aficionado a los toros.

—Oye, ¿te gustaría ser torero?

—¡Hombre!... regular...

—¿Y mozo de estoques de un matador de fama?

—Tal vez...

—Pues se te presenta ocasión. Yo me escapo hoy de casa, porque he probado anoche y toreo estupendamente.

—¿Vas a formar una cuadrilla de niños toreros?

—Puede; pero sin torear toros niños, sino toros ya de edad.

—Me voy contigo.

—Ni una palabra más. Voy a sacar la maletita con el «uniforme», la espada y los capotes.

—En marcha, pues. Aquí mismo, en la escalera, dejo los cacharros.

—Bueno, déjalos; pero no hagas ruido con las asas, como todos los días, porque van a acudir...

### IV

Allá van los dos toreros, el *Chonón* y el *Tachuela*, por la carretera que conduce a Villamelón de los Murciélagos, que es un pueblo grande donde se celebran ferias.

—El alcalde, ¿está?

—Sí, riquines. ¿Qué queréis?

—Haga el favor de decirle que unos toreros quieren hablarle.

—¿Toreros?

—Sí, señor alguacil; dígame que está aquí el *Chonón*, el matador de toros.

—¡Agarra! Voy, voy a decírselo...

Total, que al alcalde le despertó curiosidad aquel niño tan osado, y le contrato por cien monedas de plata, para que matara los tres toros más grandes de la comarca, sin más ayuda que la del *Tachuela*, que confesaba tener más miedo que vergüenza. Aunque esto no es decir nada, porque la vergüenza no la conocía el joven repartidor.

—¿Dónde nos vestimos? —preguntó el niño muy tranquilamente a la primera autoridad local.

—¡Hombre!, los niños de tu edad pueden vestirse hasta en la calle; pero para que no te quejes, te llevaré a mi tienda de comestibles, que a esa hora la pierro por ser la fiesta.

—¡*Tachuela*!... Llévame la ropa a la tienda del señor alcalde.

Mala cosa fue ésta de que el granuja del mozo de estoques fuera a la tienda solito y con la llave, porque vació la maleta de los chismes del matador y la volvió a llenar con los cuartos del cajón y un par de jamones. Y cogió la carretera adelante...

Cuando más inquieto estaba Chonón esperando al lechero, que tardaba, dió de nuevo con el alcalde, que, levantando amenazador la vara para hablarle, le dijo:

—Tu mozo se ha escapado con todo el dinero de la tienda y algunos comestibles. Ya sé yo que eso es combinación tuya. Así es que, o te coge el toro o yo me entenderé contigo después de la corrida.

Esto era por la mañana del día de la fiesta.

¡Dios mío! En ese momento le empezó el pánico al pobre Chonón. Menos mal que todavía tenía mucha ilusión, mucha seguridad de sí mismo, mucha confianza en su arte... desconocido.

Y para acabarse de desazonar, cuando se encaminaba a la tienda donde había de vestirse, sin haber comido, y sin ganas de ello, dos guardias civiles, con sus tricornios brillantes y sus fusiles, traían a la cárcel al pobre ladronzuelo, que al pasar por cerca de Chonón dijo:

—Amigo, yo ya estoy libre de los cuernos. ¡Suerte que tengo!...

—¡Pues sí que me da ánimos el borrico estel!...

Se encerró el niño para trajearse, y las manos le temblaban. No acertaba a ponerse los pantalones; se los puso al revés: abrochados atrás. La montera se le caía... La faja se le caía... ¿Cómo iba él a imaginar que pasaría nunca un miedo tan terrible como el de aquellos minutos tan largos?...

¿Iría a la Plaza? ¿Sí? ¿No?... Esperaría a ver si se les olvidaba. ¿Quería que se les olvidase y había ya 12.000 almas en la Plaza, en los tendidos hechos con tablas y carretas!...

Unos nudillos dieron en la puerta, y una voz rugió:

—¡Vamos, que la gente está gritando!...

Chonón cerró los ojos, se tapó los oídos y esperó a que el alguacil diera una patada a la puerta y la abriera. Y así lo hizo el funcionario municipal.

Y cogió al niño de una oreja, lo llevó así por la calle, lo metió debajo de una carreta y lo plantó en el ruedo empujándole bruscamente con el pie.

Como el pueblo está impaciente, el alcalde hace inmediatamente una señal y suena el clarín.

Sale a la Plaza el toro más grande que salió nunca a una Plaza de Talo-dia, que es la nación donde sucede esta aventura.

Negro, de pelo rizado y brillante, de boca roja y espumosa, de ojos

espantadores y espantadizos y con dos cuernos inmensos y un poquito retorcidos, como una navaja maldita...

Vió la capa roja de Chonón, y con la velocidad de una bala, y creciendo angustiosamente como crecen las figuronas y las cabezotas que se acercan demasiado en el cine, se le venía encima al niño.

¿Cómo? No lo sabe. Pero Chonón, por el miedo y la huida, se encuentra debajo de una carreta de las que rodean la Plaza, con veinte chiquillos que ven desde allí la lidia.

Y veloz, una gran idea rapidísima cruza su mente.

—Chiquillo, ¿me cambias esta montera por tu boina? —dice.

—¡Sí, sí! ¡En seguida!

—¿Y tú esta chaquetilla por esa?

—¡Sí, sí! ¡Ahora mismo!

—¿Y tú éstos por esos pantalones?

—¡Ya lo creo! ¡Inmediatamente!

Los cuatro se cambian las prendas en diez segundos escasos.

Y cuando todavía no se ha impacientado el público porque no sale el torero, Chonón está vestido de golfillo.

Cuando ha pasado medio minuto y la gente chilla, un golfillo que nadie mira ni conoce está entre el público: es Chonón.

Cuando ha pasado un minuto, y los mozos del pueblo le buscan con garrotas debajo de la carreta, allí hay vestigios: el gorro, el traje... Pero nadie sabe nada del *Chonón* famoso...

La Guardia civil tiene que matar a tiros los tres toros, el Alcalde se muerde los nudillos de ira y Chonón se vuelve muy tranquilo por la carretera, con su traje de golfillo. Va más contento que nunca.

Y cuando su padre, después de la azotina, le castiga a un mes sin poste, Chonón dice:

—Perdóname que me ría, papá. Después de librarme de aquel toro, que aún veo venir hacia mí, todos esos azotes casi son una caricia, un mimo... Perdóname que me ría, papá...

Y el padre no tuvo más remedio que echarse a reír.



# B U E N O S Y M A L O S



—¿Es usted el señor que viene a comer todos los días con mi tío?

—Sí, ricos; yo soy.

—Pues nos extraña verle de sombrero, porque dice mi tía que viene usted siempre de gorra.



No comprendo cómo bebiendo siempre vino blanco se me pone la nariz roja.



—¡Qué nenes más monos! ¿Son hermanitos?

—Sí, los tres.

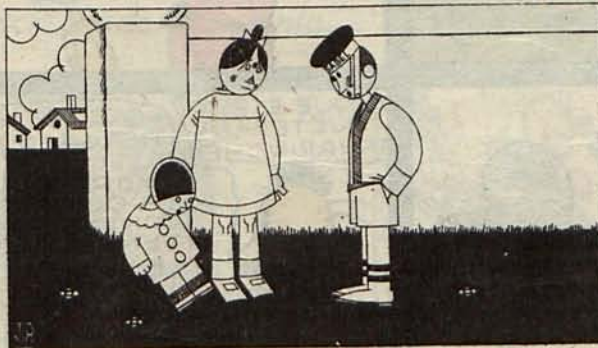
—Parecen iguales. ¿Nacieron a un tiempo?

—No; éste, Alfonso, primero; Felipe, segundo, y Carlos, tercero.



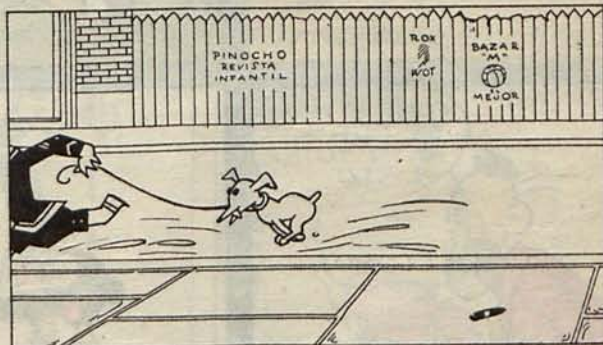
—Pero, hombre, si estás enfermo, ¿por qué no te vas una temporada al campo?

—Chico, eso no es posible. En cuanto la gente deja de verme algunos días cree que estoy en la cárcel.



—¿Y por qué tu hermanito tiene la cara más limpia que tú?

—¡Tomal Porque es más pequeño.



—Corre, corre, Tulín; vámonos fuera de este dibujo antes de que al dibujante se le ocurra decir de nosotros alguna idiotez.



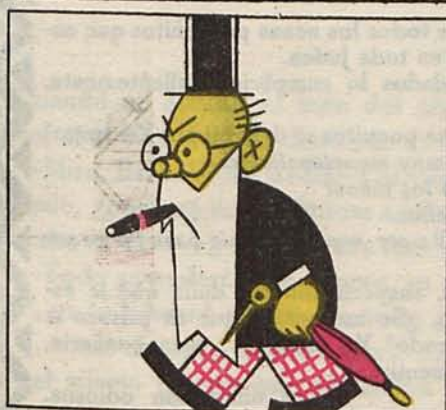


# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

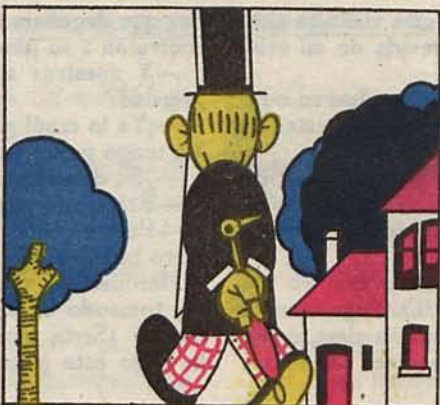




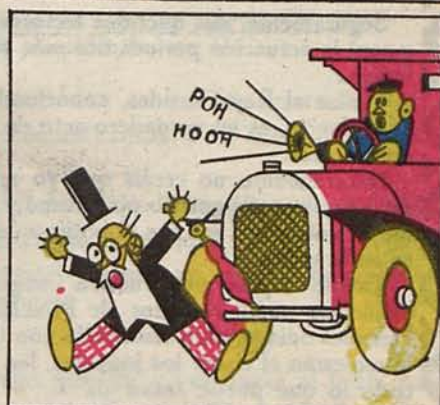
# Don Polipasto Pijama sabio inventor de gran fama



Don Polipasto, inventor  
es este ilustre señor.



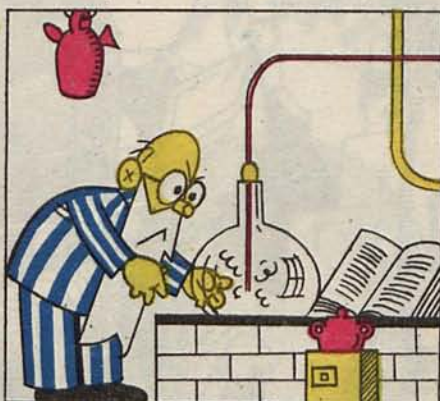
Si lo observais paseando  
vereis que va meditando.



Tan distraído camina  
que un camión le viene encima.



Cuando en casa está metido  
se viste con su apellido.



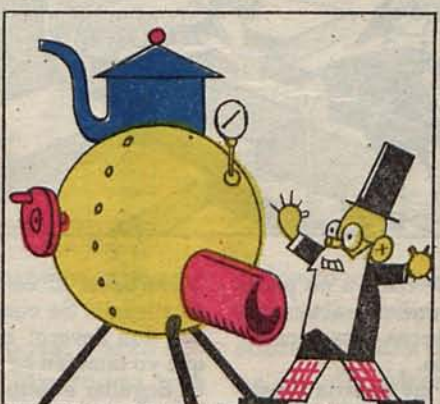
Se pasa las noches claras  
estudiando cosas raras.



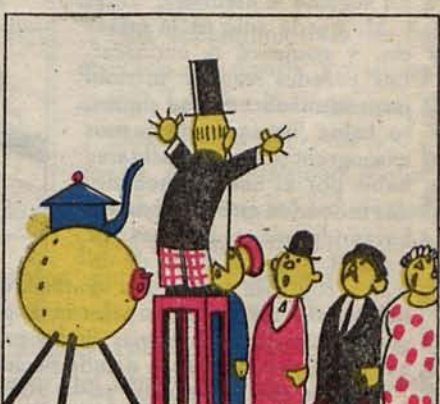
Al fin inventa una cosa  
realmente maravillosa.



Trabaja con ardimiento  
perfeccionando su invento.



La máquina concluida  
va a funcionar enseguida.



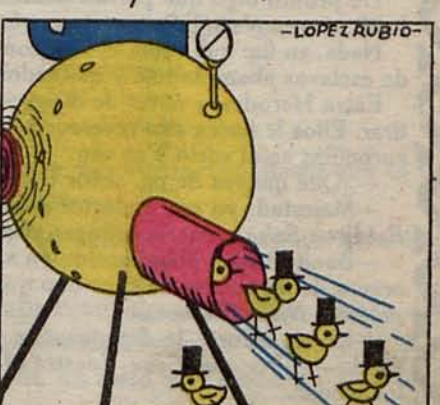
Ante una gran concurrencia  
da principio la experiencia



Sin necesidad de huevos  
van a salir pollos nuevos.



Durante el experimento  
el sombrero se cae dentro.



Y salen de esta manera  
pollitos "bien" conchistera.

-LOPEZ RUBIO-



# LAS GRANDES ENTREVISTAS

## HERODES

Seguramente, mis queridos lectores, esta visita ha sido y será la actuación periodística más atrevida de mi existencia.

Visitar al Rey Herodes, conociendo de sobra su odio a la infancia, es un verdadero acto de valor ¿No estamos conformes?

Naturalmente, no creáis que yo me presenté vestido de niño, con mi gorrito pintoresco y mis calcetinitos. Si me ve entrar así, me tira el botijo que tenía refrescándose en la ventana.

Tampoco pase por vuestra imaginación que yo me anunciase como redactor de PINOCHO. Seguramente Herodes odia nuestro semanario con toda su alma, como le molestan el circo, los juguetes, los jardines públicos y todo lo que puede servir de distracción a los chavales.

Ya estáis inquietos por saber cómo he llegado hasta el Rey, ¿verdad? Pues es muy fácil: poniéndome una barba de feria y vistiéndome con chaqué, sombrero de dos picos y bastón. Así hice el viaje hasta Judea.

Al llegar al palacio de los cien guerreros con lanzas a la puerta, un criado ha salido a recibirme.

—¿Qué desea usted, señor?

—Saludar al Rey Herodes.

—¿A quién anuncio?

—Dígame que está aquí... ¡don Severo Bombas! —le dije.

El criado desapareció, y al aparecer de nuevo me pasó a una salita, diciendo:

—Su Majestad está ocupado con el dentista, que ha venido a afilarle los colmillos. En seguida le atenderá.

Me quedé solo en la estancia, y comencé a curiosear. Las paredes eran de mármol jaspeado, sobre el que alguien se había limpiado sus manos ensangrentadas. Para sentarse había por el suelo almohadones redondos que imitaban cabezas de niños llorones. Y para el Rey, un sillón de damasco rojo. Me asomé a la ventana, que daba a un patio del palacio. Allí había un pelotón de guardias practicando el tiro al blanco sobre unas lindas muñecas, cuyas cabezas de *biscuit* estallaban a cada flechazo.

—¡Dios mío! —pensaba yo—. ¿Qué me pasaría si esta gente adivinara que tienen en su misma casa un niño, y que viene de parte del señorito Pinocho? Yo tenía verdadero pánico. Pero el valiente informador debe llegar a donde sea preciso.

De pronto oigo que por las baldosas de las próximas habitaciones pisan infinitos pies... ¿Qué será?

Nada, en fin: que venía el Rey con todo su regimiento de esclavos abanicándole y quitándole las moscas.

Entra Herodes, y antes de dirigirse a mí, les manda retirar. Ellos le hacen una reverencia hasta pegar con las coronillas en el suelo y se van.

—¿Qué quieres de mí, señor Bombas? —me dice.

—Majestad: yo soy redactor de un periódico titulado *Bebés en Salsa* y quería conocer vuestras opiniones.

—Bonito título. Mándamelo. Ya sabrás que en la imprenta de mi palacio se hace uno que se titula *Frito Variado de Niños Tiernos*...

—Lo sé, señor —le digo, aunque yo no sabía nada. Y añado—: ¿Por qué tiene Vuestra Majestad tanto odio a los niños?

—Casi no debía contarle, porque me da mucha rabia. Yo quería matar a un Niño que nació en Belén, y que nada más nacer era mucho más que yo. Pero me burlaron y huyeron del pueblo. Yo creí que lo habían escondido, y para que no se me escapara mandé a mis solda-

dos que degollaran a todos los nenes pequeñitos que encontraran a su paso en toda Judea.

—Y vuestros soldados lo cumplirían valientemente, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! ¡Qué poquitos se dejaron por decapitar! Yo tengo guerreros muy *requetevalientes*.

—¿Se defenderían los niños?

—Eran muy pequeños.

—Pues ya hace falta ser *requetemplado* para matar unorro bien matado.

Herodes me mira, sospechando sin duda que le estoy tomando el pelo. ¿Se me notará que es póstiza la barba? ¡Sería tremendo! Yo entonces, para confiarle, le largo esta gran mentira:

—Los niños son odiosos. ¿Vuestra Majestad ha oído qué escándalos y qué ruidos meten siempre más molestos?

—Yo no oigo gritos ni juegos más que un momento. En seguida les mando callar con una flechita bien dirigida.

—¡Caramba! También Vuestra Majestad es un valiente, ¿eh?

Otra vez Herodes me volvió a mirar escamado. Se conoce que no tenía su conciencia muy tranquila. En aquel momento se me ocurrió una pregunta atrevidísima:

—¿Vuestra Majestad ha sido niño alguna vez?

Fué tan de sopetón la pregunta, que el Rey cruel titubeó terriblemente. Quedó desconcertado. Pero luego se afirmó en la mentira. Y así, ésta fue su contestación:

—Sí... un poco... O mejor: no... no... ¡Nunca! Has de saber, señor don Severo Bombas, que yo no he sido niño nunca.

—Me alegro —le respondo para no contrariarle—. Yo tampoco lo fui. Si yo me enterara alguna vez de que de pequeño había sido niño, me ahorcaba.

Herodes, al oírme estas palabras, se quedó pensando en silencio. Se conoce que meditaba así: «Pues tiene razón don Severo; estoy matando niños y ahora recuerdo que yo también he sido «chavea». De buena gana mandaba degollar a todos los que han nacido antes que yo, para que no me acusen por ahí de que yo también fui niño...» Yo le distraigo de su preocupación preguntándole:

—¿Dónde ha matado Vuestra Majestad más inocentes?

—En un hospital donde había muchos malitos. Fué un gran hecho de armas. Un triunfo de mis tropas —dice el Rey, yo creo que mintiendo enormemente.

—¡Bravo! ¿Cuál niño ha degollado Vuestra Majestad con más gusto?

—A uno que me puso frente al palacio un muñeco de trapo y serrín con un despertador dentro para que chillara como un niño llorón. Me tragué la broma y mandé que toda mi guardia apuntara con sus flechas al muñeco. Pero quedó en pie y llorando. Repetimos, y lo mismo. Y cuando habíamos gastado mil flechitas, enmudeció el despertador y vimos que era un muñeco. Fué una burla que supe vengar comiéndome mechada, tan mechada como el monigote, la carne del niño verdadero. Me excitan las burlas y tengo venganzas crueles.

¿Cómo serán las venganzas que él mismo llama crueles? ¡Librenos Dios!

—Ea, Majestad, hasta otro día —digo saliendo de prisas, antes de que adivine que yo también he estado burlándome de él, con mi trajecito de caballero.

Guardo la barba como un recuerdo, aunque Pinocho se ha empeñado en que se la regale. —*Chonón el Curioso.*





# EL BARÓN DE LA CASTAÑA

## NUEVAS AVENTURAS

### ULPIANO

Cuando se escapó el león del circo de mi amigo Paco, éste vino a mí en demanda de auxilio.

—Mira, Barón —me decía—, tú, que eres hombre de ingenio, ¿por qué no me buscas a Ulpiano —que así se llamaba la fiera— y me lo traes otra vez?

—Todo se andará —le repuse yo para tranquilizarle—, ya te buscaré a Ulpiano; no te preocupes.

Y, como siempre, decidí hacerle ese favor a mi amigo, al mismo tiempo que ejercitaba y demostraba mi ingenio; cosa, para mí, de primera necesidad.

Adelaida, en aquel tiempo, andaba muy divertida, porque había encontrado la manera de ver gratis las corridas de toros y los partidos de fútbol. El invento era sencillo. Adelaida se había comprado un columpio en una verbena y lo instalaba junto al campo de fútbol o la plaza de toros en donde se verificaba la fiesta que ella quería ver.

Después, el resto era sencillo. Adelaida se subía en la barca y comenzaba a darle impulso con sus ciento y pico de kilos; entonces el armatoste comenzaba a oscilar en un vaivén altísimo, y cada vez que Adelaida estaba en todo lo alto, por alguno de los dos lados veía lo que ocurría en el estadio o en la arena...

—Adelaida —le grité un día que se estaba columpiando para ver una carrera de aeroplanos.

—¡Adelaida!, de parte de Paco, que vayamos a buscar al león Ulpiano, que se le ha escapado.

—¡Ahora bajo! —me contestó mi esposa; y acto seguido se arrojó al suelo, cayendo en blando, ya que fué a poner sus pies en un gusano que pasaba por allí. El columpio, al verse sin peso, subió más alto, lleno de alegría, creyéndose una golondrina.

Adelaida y yo cogimos nuestro coche de punto y nos fuimos al campo, en donde, según todas las probabilidades, se había refugiado la fiera.

—¡Ulpiano! ¡Ulpiano! —gritábamos de vez en cuando llamando al león—. Ulpiano, ven, que te vamos a rizar la melena.— Pero ni por esas: el rey de los animales no aparecía por ninguna parte.

—¡León! ¡León! —repetía Adelaida.— Ven, que aquí hay un señor que te va a pintar más fiero de lo que eres.

Y nada; Ulpiano parecía haber desaparecido de la superficie de la tierra.

—Claro —decía Adelaida—, desde que le han dicho que desarrolla una velocidad de 120 kilómetros por hora, se cree Nurmi, el campeón olímpico, y se da las grandes carreras.

—A ver si ha ido al polo a tomar un helado.

—Calla; verás que idea se me ha ocurrido —dije de pronto, y nos encaminamos a la ciudad acto seguido.

Por el camino, Adelaida me iba repitiendo todos los trucos conocidos para cazar leones.

—Se coge un desierto y se pasa por un tamiz, y los leones quedan arriba.

O también.

—Coges un corcho grande y vas hacia el león. Éste salta sobre ti y clava las uñas en el corcho. Entonces, con un martillito, se remachan las uñas por detrás y ya está sujeto.

Otra manera.

—Llevas al campo donde hay leones un aro de papel como el de los payasos, y pones detrás un cazamariposas diez veces más grande y más fuerte. Llega el león, ve el aro de papel y comprende que es para que salte; salta, atraviesa el papel, y se le coge con la otra mano en el cazamariposas.

Al día siguiente de esta jornada en simón, volvíamos a salir Adelaida y yo en busca del león.

Nos encaminamos a un bosquecillo en donde yo suponía que se hallaba la fiera.

Llegados al sitio, extraje del coche un voluminoso paquete que había traído. Lo destapé, y era un cartón de color cobre,

redondo y de unos dos metros de diámetro. Tenía en bajo relieve en el centro la silueta de un león, de pie sobre las patas de atrás y apoyando las de delante en un escudo. Alrededor del cartón se leía: «Cien piezas en kilog.», y en la parte inferior: «Diez céntimos», y dentro, debajo de la silueta y en caracteres muy pequeños, la sílaba «Om», que es la exclamación de los leones cuando ven un escudo.

Adelaida empezó una canción que decía así:

Ven Ulpiano.

Ven Ulpiano.

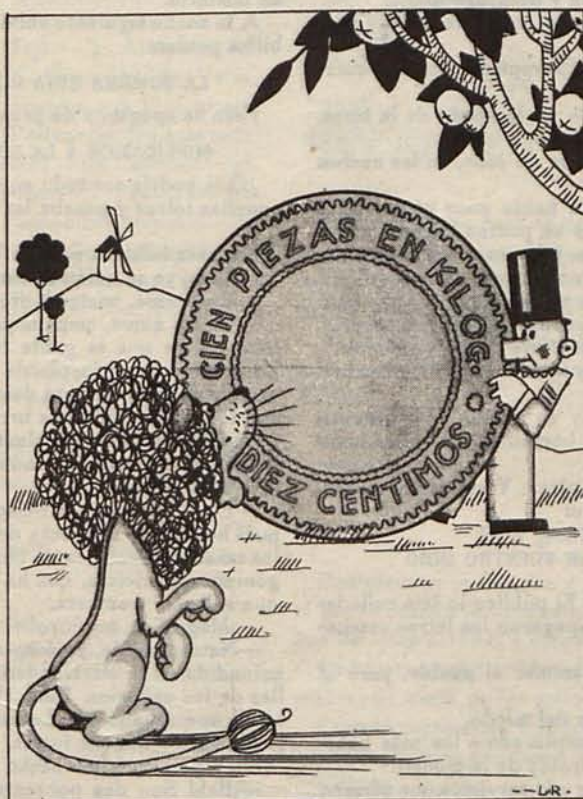
Ven Ulpiano.

Y seguía así durante mucho tiempo, hasta que el llamado se debió de decir:

—Voy para que se calle—. Y apareció a nuestra vista.

Cuando vió aquella rueda de cartón, dijo: ¡Atiza, diez céntimos; una moneda de diez, en la que sólo faltó yo!... ¡Allá voy! Y de un salto se colocó en su sitio, o sea llenando la silueta.

Y así, rodando, se lo llevé a Paco; al cual se lo cambié por dos chicas, una cocinera y la otra doncella, que necesitaba mi mujer.—EL BARÓN DE LA CASTAÑA.





PROGRAMA  
PARA HOY

*La sombra  
roja*  
*¡sensacional!*

# GRAN CINE



## LA SOMBRA ROJA

Donde menos se pensaba aparecía *La Sombra Roja*. Una noche cruzó de tejado a tejado por los hilos de la luz eléctrica y se perdió de vista.

Otra noche, cuando la gente admiraba una película, atravesó el escenario por delante de la cortina blanca y desapareció.

Otra noche la vieron descender de un árbol, en la alameda, y perderse en la obscuridad.

Otra noche la vieron descolgarse de un aeroplano, por una cuerda, y caer suavemente en un tejado.

Otra noche, la gente se aterró al verla en la veleta de la torre, de donde desapareció al momento.

Todas las noches la veían: en las noches de luna, en las noches de tormenta, en las noches de vendaval...

En la Plaza Mayor de Nueva Colona había unos espléndidos anuncios luminosos, donde con bombillas se ponían letreros anunciando medicamentos, automóviles, vinos, jabones y mil cosas más.

Esto hacía que en la plaza se viera de noche casi como de día. Y sucedió que, cuando la plaza estaba más concurrida, porque una banda de música daba un concierto, todo se quedara de pronto a oscuras.

En el tejado más alto, que era el de la torre del Ayuntamiento, apareció *La Sombra* con una antorcha en la mano echando lumbre. La gente dió un grito.

Y he aquí que se apagó la antorcha, y en medio de la obscuridad apareció una letra en el lado de las bombillas. Esa letra luminosa era la L.

Luego apareció otra: la A; y otra..., y otra... Y así, sucesivamente, hasta que la multitud leyó este letrero:

### LA SOMBRA ROJA SABRÁ VENGAR VUESTRO ODIO

Un minuto estuvo este letrero escrito. El público lo leía calladamente, lleno de terror. Al momento se apagaron las letras amenazadoras y surgieron los anuncios.

La música quiso volver a sonar para animar al pueblo, pero el pueblo desapareció lentamente.

Todos llevaban en sus rostros la huella del miedo.

Pero Kiffores, el detective que había capturado a los más hábiles ladrones y asesinos, se presentó al Alcalde de la ciudad.

—Señor Alcalde: Sin cobrar nada por mis servicios, me ofrezco para luchar con *La Sombra Roja*.

—Creo que os exponéis, puesto que esa figura debe ser de misterio y de encantamiento.

—No creo en brujas y voy contra ese cuerpo de hombre que se esconde bajo el manto rojo.

—Como queráis.

Kiffores desapareció de la ciudad.

Al día siguiente todos los teléfonos de Nueva Colona sonaron a la vez.

—¿Quién llama?... ¿Quién llama? —dijeron a la vez todos los abonados.

Y se les respondió:

—Soy *La Sombra Roja*. Esta noche, a las doce, pásate por la palmera alta del Parque. Quiero hacer las paces contigo.

Toda la ciudad oyó estas palabras de paz. Pero nadie quiso creer semejante ofrecimiento. Todos se decían:

—Esto no es posible. *La Sombra* quiere que vayamos por allí para matarnos. Yo no voy.

—Yo, tampoco.

—Ni yo.

A las doce de la noche el Parque estaba completamente vacío. A las doce y un minuto un guarda solitario pasó por delante de la palmera, la miró, la tocó y siguió su marcha.

A las doce y dos minutos un hombre descendía de la palmera y, descalzo, para no hacer ruido, tomaba la dirección del guarda.

El Parque quedó a oscuras.

A la noche siguiente se sintió de repente el ruido emocionante y característico de los aeroplanos.

Y se vió en el cielo la mancha de un avión que descendía valientemente. Del aparato colgaba una cuerda, y por la cuerda comenzó a bajar *La Sombra Roja*.

La gente se asustaba, huía por las calles; pero la cuerda colgaba demasiado, bajó demasiado *La Sombra*, y con el brazo libre atrapó a una niña de cinco años que no pudo correr.

Y con ella trepó hasta el aeroplano, que seguía volando con ruido de misterio.

A la noche siguiente volvió a suceder lo de los anuncios. Las bombillas ponían:

### LA SOMBRA ROJA ROBARÁ TODOS VUESTROS NIÑOS

Pero se apagaron de pronto y apareció:

### SUPPLICAMOS A LA SOMBRA ROJA QUE NO SEA CRUEL

¿Qué podría ser todo aquello? La gente desconocía la trama de aquellas letras y pasaba las noches sin dormir.

Kiffores hablaba así con Tom, su discípulo, al día siguiente:

—Tom, ya sé quién es esa maldita sombra.

—Cuénteme, mister Kiffores.

—Yo fui quien, empalmando hilos escondidamente, llamé al teléfono e hice que la gente tuviera miedo de acudir al Parque. Sólo *La Sombra* acudiría, picada por la curiosidad. En efecto, ella surgió vestida de guarda, para despistar si había alguien. Creyó, sin duda, que todo había sido una broma. Dejó la escopeta y el cuerno de la trompeta detrás de una planta y huyó. No le di un tiro entonces por no haberme cerciorado todavía.

—Bien hecho.

—En la trompeta ha dejado marcadas las huellas dactilares. Después he llevado una pieza del motor de mi *auto* a componer a todas las casas de mecánica de Nueva Colona, y por fin he dado con un ingeniero electricista, que ha puesto sobre el motor la misma huella que sobre la trompeta.

—¡Magnífico, maestro!

—Naturalmente, yo sospeché que habría de ser un mecánico muy entendido en la electricidad, por sus juegos de luces en las bombillas de los anuncios. Pero al ver que se trataba de un hombre débil he sospechado que *La Sombra* no era uno solo. El que bajó por la niña tenía que ser fuerte.

—¿Y para qué han hecho todo esto?

—¡Bah! Son dos pobres diablos que han tenido que robar esa niña para parecer terribles. Ya ves cómo en tantos días de hacer maravillas fantasmales no se atrevían a hacer daño a nadie. Buenos aviadores, buenos electricistas, querían divertirse a costa nuestra. Yo puse el segundo letrero suplicando clemencia. Lo hice bajando secretamente en los hilos de las bombillas a la hora en que ellos no lo hacían. Serán clementes, porque son buenos.

—¿Entonces, cómo los cogemos?

—Esta noche nos disfrazamos tú y yo de hombres del pueblo. Y tú me sigues.

Cerca de las doce comenzó a sonar el avión. La gente, aterrada, escondía a sus niños.

Pronto se vió a *La Sombra* descender por el cordel con la niña colgada de la cintura.

Kiffores y Tom corrieron a esperarles por la alameda ancha. Y, así, Tom cogió la niña en sus brazos y Kiffores saltó al cordel, más alto de lo que iba *La Sombra*. Inmediatamente, con una navajilla afilada, la cortó, y *La Sombra* se derrumbó en tierra. Pero el detective se había quedado con la capa roja, y, envuelto en ella, subió hasta el aparato.

Sacó un pañuelo impregnado en cloroformo, lo aplicó al aviador, que no sospechaba que aquel hombre que iba detrás pudiera ser otro que su compañero, y cuando logró dormirlo cogió la dirección del aparato y aterrizó admirablemente.

Los dos mascarones de *La Sombra Roja* fueron así detenidos.

Querían llevarlos a la cárcel; pero como la niña dijo que la habían cuidado mucho y el detective declaró que eran unos pobres chiflados, se les perdonó como a unos chiquillos que hacen una diablura un poquillo grande... pero un poquillo graciosa.

En Nueva Colona ya no creen en fantasmas.

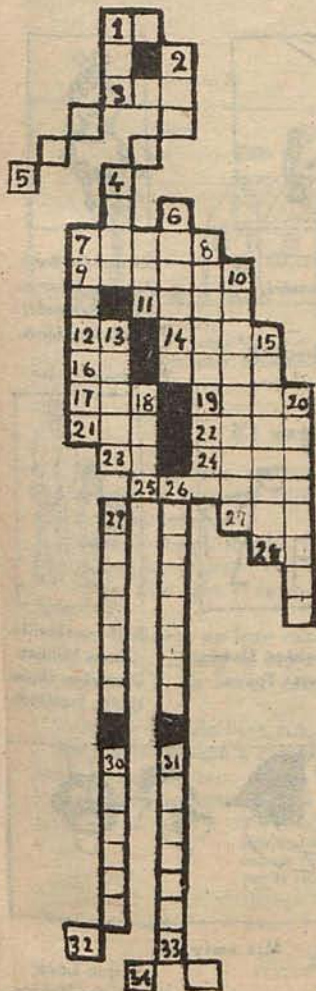




# CONCURSOS PERMANENTES

## EL DE PROBLEMAS

### El flamenco.



### INDICACIONES

#### HORIZONTALES

1. Nota.—3. En el mar.—7. Verbo.—9. Perchas para cazar perdices.—12. Tiempo de verbo.—14. Ciudad de Sajonia.—16. Pronombre.—17. Tiempo de verbo.—19. Descuidado.—21. Miembro de la cara en catalán.—22. Perro.—23. Afirmación.—24. Palo de la baraja.—25. Despejado de nubes.—27. Hijo de Adán y Eva.—28. Abreviatura de saco roto.

#### VERTICALES

1. El Tajo.—2. Alimento.—4. Teatro.—6. Discípulo de Velázquez.—7. Empleo.—8. Que blasfema.—10. Pertenecientes a un cuerpo legislativo.—13. Caminos.—15. De Zaragoza.—18. Pueblo de Italia.—20. Pronombre personal.—26. Aguada.—29. Semanario infantil.—30. Nuestra mejor amiga entre la muñequería.—31. De domingo a Domingo.

#### INCLINADA

5. Ave.—4. Licor.—32. Nota.—33. Artículo.—34. Contracción.

PILAR GILLIS YUSTE.

32. P. Sección B. 13 años. Guernica.

### Adivinanza.

Como es linda, se dice que es muy 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>.  
Como es lista, aseguran que no es 1.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>.  
Es cristiana y se alegra no ser 2.<sup>a</sup> y 1.<sup>a</sup>.  
¿Quién me podrá decir cómo se llama?

E. LASTRA.

Catorce años. Madrid.

34. P. Sección B.

### El testamento.

Un árabe dejó al morir 17 camellos, disponiendo en su testamento que a su hijo mayor le dieran la mitad; al mediano, la tercera parte, y al pequeño, la novena.

Al efectuar el reparto vióse que no era posible hacerlo exactamente.

Un vecino de bastante ingenio dispuso que se agregara a dichos camellos uno más, con lo cual resultaba 18 el número de camellos. Con esto se facilitó el reparto y el vecino se llevó su camello, pues resultó sobrante y el reparto perfecto.

Para resolver este problema, dígame: 1.º, ¿qué parte tocaba a cada hijo sin añadir el camello? 2.º, ¿en qué defecto incurrió el padre al hacer el reparto en el testamento? Y 3.º, ¿cuál es la verdadera parte que les correspondió?

F. GALIANA.

Once años. Madrid.

36. P. Sección B.

### JEROGLÍFICO



37. P. Sección B.

JOSÉ CRESPO ANDURA.

### Sin pies ni cabeza.



Este dibujo que aquí os damos no creáis que lo hemos cogido de una plana de sucesos, de esas en las que se relata la espeluznante hazaña de un automóvil, que ha dejado sin cabeza a una familia entera, no; este dibujo se debe al ingenio de Consuelito Alonso. En él os ofrece un bonito problema, que consiste en colocar esas cabezas, manos, sombreros y demás accesorios a sus correspondientes dueños.

CONSUELO ALONSO MAGRO.

Doce años. Madrid.

33. P. Sección B.

### Los pellejos de aceite.

Dos arrieros se dirigían a Sevilla a comprar aceite, y para echar el aceite cuando le compraran llevaban un pellejo de ocho arrobas, uno de cinco arrobas y otro de tres arrobas.

Compraron ocho arrobas y las echaron en el pellejo de ocho, que pertenecía a uno de los arrieros.

Cuando regresaban a su pueblo, próximamente a la mitad del camino, regañaron y trataron de repartirse el aceite, pues lo habían comprado a medias.

Como es lógico, cada uno se quería llevar sus cuatro litros; ¿cómo se las arreglaron para conseguirlo?

FRANCISCO ARTECHE.

Trece años. Madrid.

35. P. Sección B.

### Cuadro musical

Acábase de llenar este cuadro con notas de la escala de manera que ni en las líneas horizontales, ni en las verticales, ni en las diagonales, se repita una misma nota.

RICARDO MORENO GÓMEZ.

Antequera.

38. P. Sección B.

FA	DO	SOL	RE	LA	MI	SI
LA						
DO						
MI						
SOL						
SI						
RE						

NOTA.—La explicación de estos concursos véase en la página 18.

Ayuntamiento de Madrid



# CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES  
SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

## HISTORIETAS



Pinochín un día salió a la  
[Gran Vía;  
pues tiempo hacía que no la  
[veía.

Como vió que llovía,  
tomó un cranvía.

Su asombro fué  
cuando dejó de llover.

Cuando se apeó,  
con Don Turulato se encontró,  
al cual todo se lo contó.

RAFAEL DE LARA.—Doce años. Valladolid.—10. H. Sección B.



Mi muñeca Baby.  
AMALIA DÓRIGA.  
8 años. Santander.  
169. D. Sección A.



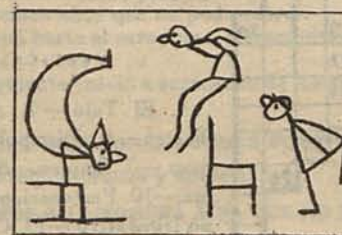
—¿Tienes miedo de asomar-  
te de noche?



—Al que intente acercarse,  
lo hago pedacitos.



—No te asustes, si vienen,  
aquí estoy yo.



Titeres.  
Once años. Madrid.  
LUISA TOVAR.



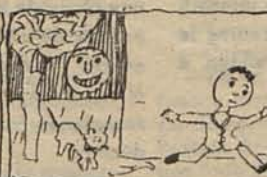
Lulú y su abuelito.  
COLÓN MÉNDEZ.  
Doce años. Gijón.  
171. D. Sección B.



—Pues si vienen; ya se sienten  
los pasos.



—¡Ay, Dios mío, qué miedo!



—¡Sálvese el que pueda!  
—Miau, miau.

ABEL SÁNCHEZ AZPIAZ.  
Nueve años. Madrid.

11. H. Sección A.



Un moro.  
V. LARRAZ.  
14 años. Zaragoza.  
172. D. Sección B.



Mis amigos.

SABINO LORS.  
Once años. Oviedo.



Esta boca de piñón.



Es un granito de fresa.



Infantil F. C.

JOSÉ BERMEJO.  
Once años. Cintruénigo.

174. D. Sección B.



Un clon.  
M.<sup>a</sup> RODERO.  
10 años. Madrid.  
175. D. Sn. B.



El suspirito de un ángel.



O una caja de sorpresa.

JULIÁN GARCÍA.  
Doce años. Santander.

12. H. Sección B.



Pinocho.  
CARLOS SERRANO.  
Nueve años. Madrid.

176. D. Sección A.

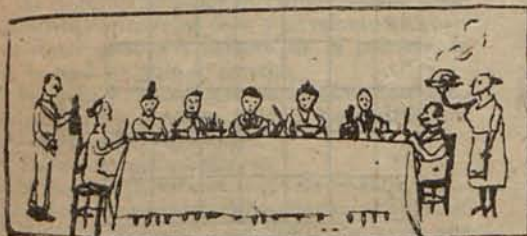


Una holandesa.  
FEDERICO LUSA.  
Diez años. Zaragoza.

177. D. Sección B.



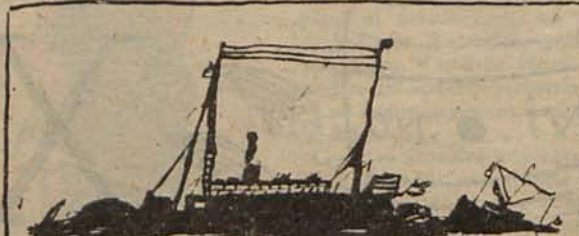
Pinocho.  
SIRO ESTEFANÍA.  
Siete años. Haro.  
178. D. Sn. A.



Banquete.

ANTONIO CANALS.  
Diez años. Barcelona.

179. D. Sección B.



Un barco.

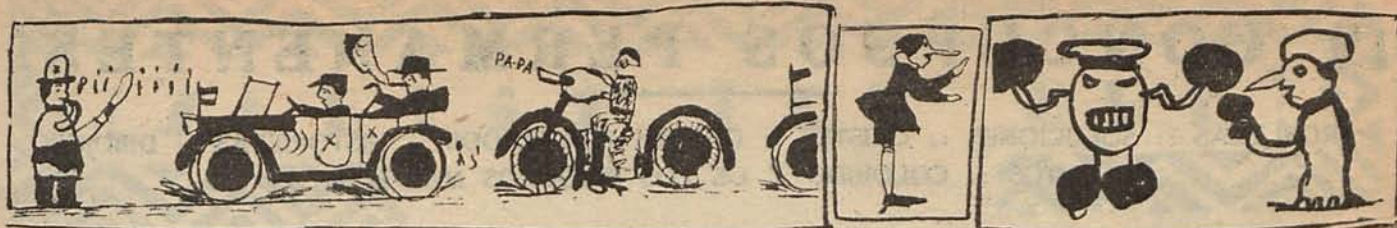
CARLOS FERNÁNDEZ. Nueve años. BENITO GUTIÉRREZ, Siete años. Madr

180. D. Sección B.



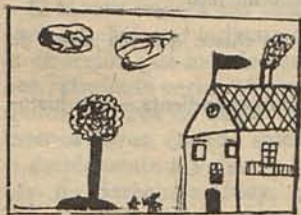
Un gracioso.  
ISIDRO ARCOS.  
12 años. Albacete.  
181. D. Sección B.





## A LOS TOROS

182. D. Sección B.



Una casa.  
PEPITA VILA.  
Diez años. Barcelona.

185. D. Sección B.



«Pus» ni que fuese la Marquesa de Larios.  
EUGENIO TORRES DIAZ.  
Diez años. Málaga.

186. D. Sección B.



El Barón.  
JOSEFINA G.  
11 años. Can-  
gas de Onís.  
187. D. Sn. B.



E L T É  
MANOLO PÉREZ.  
7 años. Almería.  
188. D. Sección A.



Tranvía.  
JOSÉ MATO.  
Once años. Madrid.  
189. D. Sección B.



Un valiente.  
JOSEFINA JIMENO.  
Doce años. Palencia.  
190. D. Sección B.

## El zapatero burlado.

Pues, señor, este era un papá que se llamaba Pinocho, y una mamá que se llamaba Pirula. Tuvieron un hijo y le pusieron de nombre Chapete.

Este niño tenía mucha ilusión por comprarse unos zapatos. Su mamá le dijo un día:

—Mira, hijo mío: si te compras los zapatos, el coco te llevará por la noche.

Pero Chapete no hizo caso de los consejos de su madre y un día se escapó de casa y se fué a una zapatería. En ella no encontró de su medida. Y, sin hacer caso del precio, cogió unos zapatos grandes y dijo:

—A ver si ando bien con ellos.

Entonces empezó a correr por la calle, y ni el zapatero ni yo lo hemos vuelto a ver.

En aquel momento quedó el pobre zapatero burlado.

Y colorín colorado,  
este cuento se ha acabado;  
colorín colorete,  
por la chimenea sale Chapete.

32. C. Sección B.

MARÍA TERESA BONAL.  
Dece años. Zaragoza.

## Matildita.

Vivía en un pueblecito una mujer muy pobre, que tenía una hija llamada Matildita.

Esto de que se llamase Matildita no debe extrañar a nadie, porque ya es sabido que cada uno se llama como quiera y no necesita por ello dar explicaciones.

Un día la madre le dijo:

—Hija mía, tienes que ir a pedir limosna para poder comer.

La niña contestó:

—Pero, mamá, hace mucho frío y no tengo ropa para poder salir de casa.

—¿Y qué quieres? —dijo la madre—. Yo no te puedo dar nada. ¿No sabes que no tenemos más que esta pobre cabaña?

La niña quedó suspensa y partió. Al llegar a una calle vió a una señora muy caritativa; se acercó a ella y le pidió limosna, y al mismo tiempo le contó su historia.

La señora, al enterarse de tanta necesidad, le dió algunas monedas, la subió a su coche, fueron en busca de su madre y al instante las condujo a su palacio.

Matildita se educó, siendo una señorita muy buena y caritativa, y llegó a morir muy querida de todos los que la conocían.

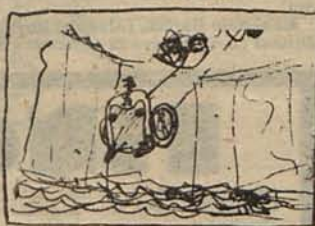
33. C. Sección B.

MANUEL S. HERMOSO.  
Doce años.



Don Cecilio plantando los aligustres.  
MANUEL AGUIRRE ALVARADO.  
Once años. Madrid.

196. D. Sección B.



Un viaje.  
ISIDORO PALACIO.  
Siete años. Bilbao.

197. D. Sección A.



Pinocho.  
MERCEDES PELLICER.  
Doce años. Barcelona.

198. D. Sección B.



Mi hermano Luis y su gato.  
CARLOS QUESADA.  
Doce años. Madrid.

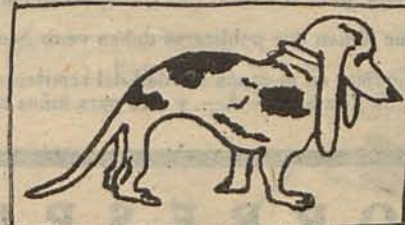
199. D. Sección B.



Chapete.  
C. M.—Doce años. Madrid.  
191. D. Sección B.



En Holanda.  
CARMENCITA ZABALETA.  
Doce años. Madrid.  
192. D. Sección B.



Mi perro.  
FEDERICO LUSA.  
Diez años. Zaragoza.

193. D. Sección B.



Los dos rivales.  
VÍCTOR FERNÁNDEZ.  
Once años.  
194. D. Sección B.



Paisaje gallego.

MERCEDITAS FERNÁNDEZ.  
Siete años. Madrid.

195. D. Sección A.

¿Por qué los carros tienen dos varas?

Para cuando se les rompa una, tener otra.

JESÚS CUZZANI.  
Doce años. Madrid.

11. CH. Sección B.

¿Cuál es el estado de Méjico que se dice ladrando?

Chi-huahua.

CLAUDIO SÁNCHEZ MARISCAL.  
13. CH. Sección B.

¿En qué se parece un hombre a un aeroplano?

En que el hombre tiene sesos. Y el aeroplano sesos-tiene.

JOSÉ CERÓN.  
Algeciras.

15. CH. Sección B.

¿Por qué no nos sitian por hambre los moros en Africa?

Porque nuestros cañones y fusiles hacen rápidamente: ¡Pam... pam... pam!...

JUANITA GÓMEZ.  
Trece años.

17. CH. Sección B.

El colmo de la tontería:

Hacer colmos.

19. CH. Sección B.

CONCHITA ORIA.

—Oye, mamá: ¿cuál es el día que da más vueltas?

—No sé, hija mía.

—Pues el día-volo.

PEDRO SERRA.  
Doce años. Madrid.

12. CH. Sección B.

El colmo de un salchichonero: Dar con la cabeza contra la pared y decir: sal-chichón.

RICARDO MURILLO Y RUBIERA.

Madrid.  
14. CH. Sección B.

¿A cuál periódico no se le puede ocultar nada?

Al T B O.

JAIME QUIROGA.  
Ocho años. Madrid.

16. CH. Sección A.

¿En qué se parece el sol a un huevo?

En que se pone.

CELSO BARRUTIA.  
Diez años. Cazorla.

18. CH. Sección B.

¿Cuál es el colmo de un profesor de piano?

¿...?

Tener una hermana Tecla.

20. CH. Sección B.

JUAN M. FANJUL.



# 19 CONCURSOS PERMANENTES!

PROBLEMAS :: SOLUCIONES :: CHISTES :: CHISTES ILUSTRADOS :: HISTORIETAS :: DIBUJOS  
CUENTOS :: COLORIDO Y DE LOS PINOCHOS MÁS BONITOS

- 1.º *De problemas.*—Cada lector tiene derecho a enviarnos tantos problemas como quiera (cada uno con su cupón correspondiente), y los que lo merezcan serán publicados dentro de este Concurso. Aparte, y muy clara, debe enviarse cada problema con su solución.
- 2.º *De soluciones.*—Consistirá en buscar las soluciones a los problemas del Concurso anterior y a los demás que se publiquen. Con las soluciones de los problemas de cada número hay que enviar el cupón del concurso correspondiente al mismo número.
- 3.º *De chistes ilustrados.*—Entrarán en este Concurso los dibujos que recibamos correspondientes a un chiste que les sirva de epígrafe.
- 4.º *De historietas.*—O sea de series de dibujos unidos entre sí con una idea común con o sin el texto correspondiente.—Las historietas tendrán no menos de dos ni más de ocho dibujos.
- 5.º *De dibujos.*—Los dibujos sueltos que no sean chistes entrarán en este Concurso.
- 6.º *De chistes sin ilustrar.*—Se publicarán los que recibamos y merezcan entrar en este Concurso.
- 7.º *De cuentos ilustrados o sin ilustrar.*—Los cuentos deben enviarse escritos por una cara de papel y no tener más de 2.000 letras. Si tuviese ilustraciones, mandarlas en papel aparte.
- 8.º *De colorido.*—Consiste en iluminar los dibujos que publicamos para ese efecto en forma lo más igual posible a los colores en que están publicados en la **Serie Pinocho contra Chapete**.
- 9.º *De los Pinochos más bonitos.*—Consiste en hacer una lista de la **Serie Pinocho contra Chapete**, ordenada según la preferencia del pinochista.

## OBSERVACIONES GENERALES

- 1.ª Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en números anteriores de PINOCHO.
- 2.ª Con cada trabajo hay que mandar un *Cupón de concursos*. Es decir, que no basta un cupón para un solo envío que contenga varios trabajos, sino que hay que mandar tantos cupones como trabajos. Los suscriptores gozarán de una ventaja: con un solo cupón pueden enviar un trabajo para cada Concurso, pero sólo uno para cada Concurso. Es decir, que si envían tres trabajos para un solo Concurso tendrán que enviar tres cupones; pero si envían tres trabajos diferentes, uno para cada Concurso, lo pueden hacer con un solo cupón.
- 3.ª Todos los dibujos que tienen que publicarse deben venir hechos con tinta negra (no es necesario que sea con tinta china).
- 4.ª Es muy importante indicar en el cupón la edad del remitente, porque, como hemos anunciado, cada Concurso tendrá dos secciones: una para niños menores de diez años —A—, y otra para niños mayores de diez años.—B.

## CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

**Lili y Conchi.**—Pirula ha leído vuestra carta, y como era de esperar ha quedado encantada. Pero no como en los cuentos. Ha quedado encantada, es decir, maravillada de la confianza que vosotras, amables pirulinas, le demostráis con vuestro ruego. Pirula, generosa, cariñosa, pronta a servir a sus amiguitas, ha decidido complacerlos. Y dentro de poco, un mes y medio a lo sumo, os dará el modelo de ese pañito que pidiáis.

**Carmen Reina.** (Málaga).—Mi amiguita Carmen: Tu cuento sin duda alguna, no llegó a nuestras manos. Haces bien al suponerlo así en tu carta, pues pensando lo buenísimo que es Pinocho, no cabe imaginar en él un descuido, ni una pifia, ni una descortesía. No hubo agravio, como puedes comprender; pero sí lo hubo, Pinocho está dispuesto a desagraviarte, publicándote cuantos chistes, cuentos, dibujos e historietas nos remitas, siempre que, de acuerdo con las condiciones señaladas, lleguen con el cupón correspondiente. Recuerdos al Parque, besos a la Farola y efusivos saludos a la Coracha. Para ti abrazos de Pirula y Pinocho.

**Alicia Méndez Valderrama.** (Madrid).—Tus problemas no pueden ser publicados; nos es imposible dar dibujos tan pequeños como son los tuyos. Mándanos otra cosa, que inmediatamente, conforme le llegue su turno, lo publicaremos.

**Gloria.** (Sevilla).—Mi estimada Gloria: Pinocho ha buscado, rebuscado y vuelto a buscar el medio de solucionar el asunto de los cupones. Y Pinocho, aunque es, como todo el mundo sabe, listísimo, no ha encontrado el procedimiento, es decir, la solución. No creemos, por otra parte, que el hueco del cupón imposibilite encuadrar la colección de Pinocho. Como en otros casos, concluimos por aconsejar para los lectores asiduos, que tanto lamentan estropear las páginas de nuestra revista, la solución siguiente: que compren otro número. No hay otro medio, querida Gloria. Y créenos que lo sentimos, pues en todo lo que pueda beneficiar a sus lectores, Pinocho no escatima esfuerzos ni sacrificios.

**Eduardo Fortín.** (Valladolid).—Te repito las mismas palabras que dirijo a Gloria, tu antecesora.

**Francisco Sancho Pérez.** (Cabra).—Aunque tu historieta ha venido en condiciones aceptables —es decir, con su cupón correspondiente y con tinta—, no podemos publicarla. El asunto no es del agrado de Pinocho. Esperamos que en otra ocasión nos remitas algo *absolutamente* publicable, pues por tus dibujos de hoy nos damos cuenta de que eres, más que otra cosa un dibujante estupendo, admirable, extraordinario.

**Fernando González de Córdoba.** (Madrid).—Tu problema está mal. Permíteme que te hable con franqueza: hubiéramos publicado tu pasatiempo de palabras cruzadas, de hallarse éste en buenas condiciones. Pero los números y las palabras venían trabucados de tal forma, que no ha habido manera de arreglarlo.

**Antonio Álvarez.** (Pontevedra).—Tu chiste ha venido bien, con su cupón correspondiente. Pero tu chiste, por su asunto, no podemos darlo en las páginas de nuestra revista. Mándanos otra cosa, más apropiada, y la publicaremos en seguida.

**Miguel Ángel Sáinz.** (Madrid).—No deja de ser frecuente tu caso, querido Miguel Ángel. No deja de ser frecuente que tres hermanos sean al mismo tiempo Pinochistas, admiradores y lectores asiduos de nuestra revista. Es frecuente también que algunos de estos hermanos sea suscriptor. Nosotros, ya podemos comprenderlo, encantados. Pero es frecuente que, por el hecho de aquella suscripción, todos se crean con derecho para remitirnos, con un sólo

cupón, trabajos de toda la familia. Y esto, la verdad, no está puesto en razón, Miguel Ángel. Si en una casa hay tres hermanos, el que sea suscriptor remitirá los trabajos con la amplitud que le concedemos como tal suscriptor; pero los demás hermanitos deberán acompañar siempre a cada uno de sus chistes, cuentos e historietas, el cupón que corresponda. Ello es lo normal, lo justo y es también, precisamente, lo prescrito por el mismísimo Pinocho, quien, como sabes, está animado siempre de un gran espíritu de justicia.

**Jorgito Lemos.** (Buenos Aires).—Mi querido Jorgito: Tu carta es deliciosa, simpática, admirable. Mucho nos alegra que seas un estuista de la revista, y mucho más aún que seas un niño que estudia siempre y se porta bien. Esto último, juntamente con ser como afirmas un admirador del héroe de los muñecos, hace de ti un niño ejemplar, un bonaerense insuperable. Tu carta ha corrido aquí de mano en mano. De las de Pinocho pasó a las manitas de Pirula; de las de ésta, a las de D. Turulato, y así sucesivamente. Un éxito. Mándanos cuantos trabajos puedas hacer —cuentos, historietas, chistes, dibujos—, pues suponemos, y ya tenemos motivos para ello, que cualquier cosa que tú hagas será una maravilla. Y nada más por hoy. Recibe con estas líneas el cariño de Pinocho, el gran afecto de Pirula, y de Currinche y D. Turulato media docena de saludos grotescos.

**Antonio Azores.** (Vitoria).—Contesto a tu pregunta: Para los dibujos, chistes, chistes ilustrados, historietas y cuentos, necesitarás enviar siempre el correspondiente cupón de concurso. Los cupones antiguos ya están anulados. ¿Entendido?

**Pedro Ruiz Roso.** (Cabeza del Buey).—Llegaron tus colmos, por un olvido tuyo, sin cupón, y aquellos fueron rotos sin que los viera Pinocho. Ahora, al recibir tu carta y con ella el cupón correspondiente a tus trabajos anteriores, Pinocho se ha disgustado muchísimo. Quiere a todo trance que le remitas nuevas cosas, para publicarlas lo más pronto posible. Obedecele, querido Pedro.

**Maximino García.** (Aiar del Rey).—No sirven los cupones atrasados. Ya lo dijimos en el número 22 de nuestra Revista, querido Maximino.

# PINOCHO

## CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NÚM. 27 El Pinochista D. ....

de ..... años, y cuyas señas son .....

remite un trabajo para el Concurso de ..... (1).

Fecha ..... (Si es suscriptor, poner el número .....)

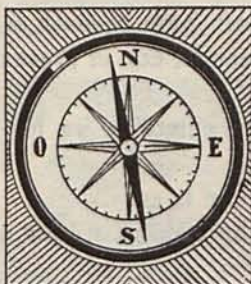
(1) Indicar el que sea de los nueve. Leer bien las condiciones: si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. CONCURSOS PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.



# ¿SABEIS POR QUÉ?

## ¿POR QUÉ NO SE PIERDEN LOS NAVEGANTES EN EL MAR?

Si el mar tuviera sus caminos, sus veredas, o simplemente alguna señal que indicase a los navegantes, lejos de la costa, la dirección que han de tomar para ir a tal o cuál punto, no nos extrañaría verlos caminar tan tranquilos, seguros de llegar rectamente a Buenos Aires cuando salen de Cádiz, o simplemente a Valencia cuando parten de Barcelona. Hoy, como ayer, los marinos saben orientarse en el mar. Ayer, como los Reyes Magos, con una estrella. Desde todo el hemisferio Norte —el más habitado del globo— se ve una de aquéllas, reluciente, magnífica, muy bonita: es la Estrella Polar o, mejor dicho, la Estrella Norte. Orientada siempre hacia este punto cardinal, los navegantes, los antiguos navegantes, con sólo mirarla sabían a punto fijo qué dirección habían de tomar para dirigirse a tal o cuál punto. Por la Estrella Polar adivinaban el Norte, y dis-



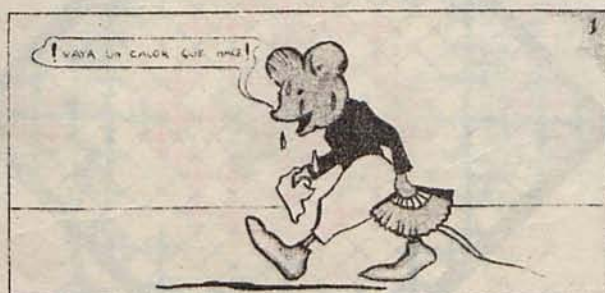
tinguiendo éste conocían al mismo tiempo el Sur, el Este y el Oeste. Bastaba una noche despejada. Hoy, afortunadamente, los navegantes no necesitan esperar la claridad de una noche.



Aunque el cielo esté nuboso, los marinos conocen a punto fijo su situación en el Océano. Es la brújula, un admirable aparato, el que les orienta. Es la brújula, una aguja imantada que gira suavemente sobre un eje muy fino. De cualquier forma que la coloquemos, la aguja dará su vuelta, girará siempre para mirar y señalar al Polo Norte.

Antes, pues, era la Estrella Polar; hoy, desde hace mucho tiempo, es la brújula. Los navegantes no necesitan caminos —imposible, por otra parte, señalarlos en el mar—; los navegantes tienen suficiente con ese aparatito, tan insignificante al parecer, pero que ofrece una utilidad sorprendente.

## HAZANAS DEL RATON DON ROQUESSO







# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, BORDADORA

Está Charín que brinca de alegría; sus papás le acaban de anunciar que va a tener un hermanito.

¡Un hermanito! Tiempo hace que Charín no sueña otra cosa.

Este hermanito será para ella una muñeca más, pero ¡qué muñeca! Una muñeca que se mueve sola, tome biberón «de verdad», da besitos, ¡viva, en fin!

Y será más que una muñeca viva; dará ocasión a Charín para realizar el mayor de sus ideales, que es mandar en alguien, a su vez; ella, en quien todo el mundo manda, con el pretexto de que es la más pequeña de la familia.

Y hay que ver lo denigrante que resulta cuando se han cumplido ya los seis años que le digan a una: «Tú mandas en el gato».

Tanto más denigrante cuanto que ni siquiera hay gato en la casa.

Queda, pues, convenido que Charín mandará en su hermanito; si bien no me atrevo a responder de que él obedezca.

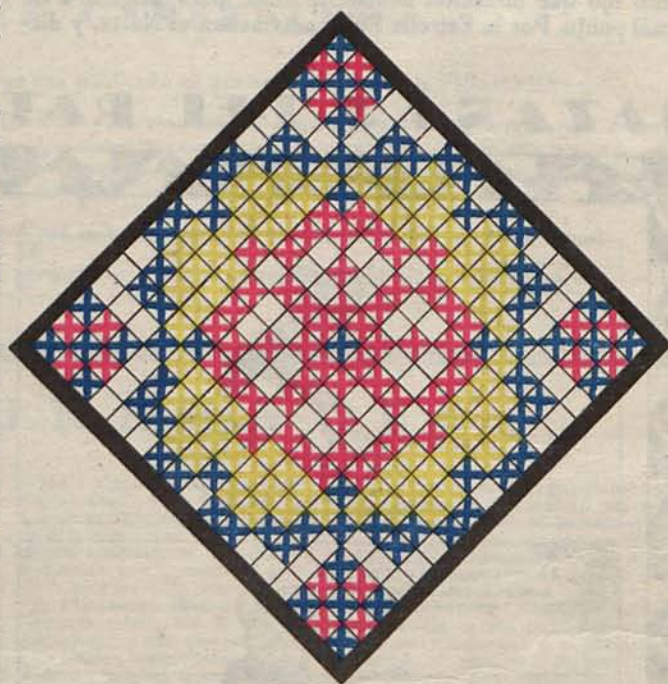
¡Cuánto le va a querer! ¡Cuánto le quiere ya!

Tanto le quiere que está deseando sacrificarse por él, y piensa: «Podía gastarme las siete pesetas con cincuenta y cinco céntimos de mi hucha para comprarle una cuna, el cochecito y la canastilla». Pero mamá le advierte que quizás sus siete pesetas, aun añadiéndole los cincuenta y cinco céntimos, no den para tanto.

Mejor será que Charín se guarde su dinero y dedique al hermanito tiempo y trabajo, haciendo para él alguna labor.

¡Magnífica ideal! Así como así, en el punto espiga es Charín una notabilidad.

Ella será, pues, la encargada del alto honor de adornar con punto espiga los jubones, baberos, gorritos, bragas «de diario» y demás monerías enternecedoras, a las que mamá dedica las tres cuartas partes de sus días.



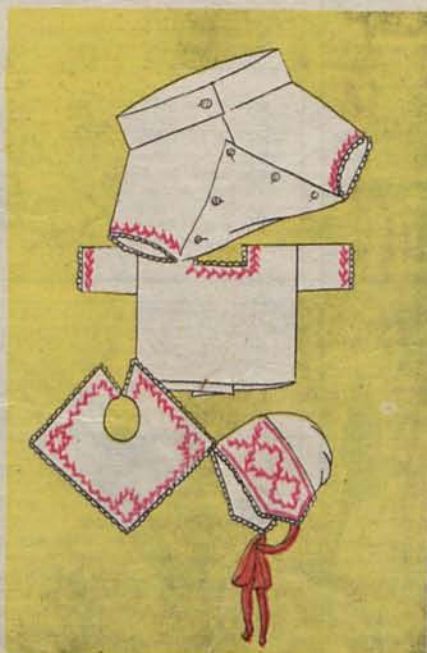
□ □ □

**Aplicación a punto de cruz.**—Aquí tenéis ya el vestidito que os prometí el domingo último. Como véis, soy muñeca de palabra.

¿No es verdad que es tan mono, tan graciosamente elegante, que además de copiarlo para la aristocrática muñequita Lily os vais a hacer otro igual?

Este vestido puede hacerse en tejido vaporoso —crespón de China, si ha de ser para vestir, o vuela de algodón, para diario— o en una tela más fuerte, como la «toile» de seda, que se lleva mucho este año.

Lo esencial es que sea de un tono vivo, naranja, fresa, azul fuerte, verde o rojo laca; de este modo forma un precio-



so contraste con el canesú negro que, a su vez, hace juego con la cenefa bordada a punto de cruz en la parte inferior con algodón perlé negro.

El mayor encanto de este vestidito consiste en sus dos aplicaciones bordadas a punto de cruz en tres tonos: amarillo, encarnado y azul, que forman el más original de los adornos y, por supuesto, el más fácil y rápido de confeccionar.

Cierran el vestido las cintas de seda del mismo tono que van pegadas a la parte de atrás y a las aplicaciones, y se anudan sobre los hombros en una airosa lazada.

□ □